



SUSTO NOVID

MITA MARCO

SUSTO NOVID

MITA MARCO



Copyrigh © 2023 Mita Marco
Portada: Amparo Tárrega
Corrección: Amparo Tárrega
Maquetación: Mita Marco
Segunda edición: octubre de 2024
Título: Susto o novio

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones sin pura coincidencia.

ÍNDICE

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)

1

Fantasmas, muertos vivos, vampiros, demonios...

Siento ser yo quien os lo diga, pero todas esas cosas no dan miedo.

No, ni una pizca.

A menos que la factura de la luz venga disfrazada de zombi, ahí sí que tengo que callarme, porque nada acojona más que ver la cuenta del banco a cero cuatro días después de cobrar y todavía tener recibos pendientes. ¡Los pelos de punta, chica!

Aunque ese es un tema del que quizás os hable en otra ocasión. Ahora sigamos con lo que estábamos: el verdadero terror.

Sí, queridas. El verdadero terror es ese al que nos enfrentamos a diario. Cosas tan inocentes como llegar tarde cuando tienes que asistir a una reunión importantísima, la cara de perro de tu jefe cuando algo sale mal, un «tenemos que hablar» de tu novio, o quedarte sin gas a mitad de una ducha en pleno invierno.

Podría estar poniendo ejemplos hasta el fin de los tiempos, pero creo que ya me vas pillando, ¿no?

Entonces, sigo a lo que iba.

Hoy es 31 de octubre.

Halloween.

Y parece que todo el mundo se ha vuelto loco en Montgomery. La ciudad está sumida en un caos monumental con los dichosos preparativos para la celebración. Y no me quejo, ¿eh?, que conste, a mí también me gusta eso de hacer el tonto disfrazada por la calle, pero creo que este año se les está yendo de las manos con la decoración.

Los vecinos se han propuesto que la ciudad sea la mejor ambientada del estado de Alabama y no han dejado ni una sola esquina sin telarañas.

Tal es la locura de todo el mundo que incluso la empresa donde trabajo va a hacer un megafiestón esta noche. De esto tampoco me quejo, no voy a mentir. Mis compañeros de curro son la caña, y si encima es mi jefe el que corre con todos los gastos de las bebidas y la comida, pues mucho mejor.

Pero no te vayas a creer que esta fiesta la hace por amor a sus empleados, no, qué va. Es un homenaje a su propia persona. Una despedida por todo lo alto porque se jubila.

El tío no ha colocado ni una mísera fuente de agua en las oficinas, pero va a gastarse un pastizal alquilando una nave enorme en las afueras de la ciudad, para que todo el mundo le lama el culo en busca de un ascenso y le diga lo buen jefe que ha sido, antes de que venga el nuevo a ocupar su lugar, claro.

Cuando levanto los ojos del ordenador, me doy cuenta de que es la una y media del mediodía y ya es hora de volver a casa.

A mi alrededor, todos recogen sus cosas y bromean entre sí, charlando de sus respectivos disfraces para esta noche. Incluso Brian, el de seguridad, ríe a mandíbula batiente con Lucy, de contabilidad, antes de despedirse.

Se nota que todos están animados y que tienen unas ganas de fiesta impresionantes.

—¡Chis, chis! ¡Emma! —La voz de Lauren, mi mejor amiga y compañera de la sección de ventas, me saca de mis pensamientos. Llega a mi lado con su típico paso atropellado, la sonrisa

tatuada en los labios y su lustroso pelo rizado enmarcando su rostro. Lleva varias semanas que no para, como si tuviera la quinta marcha metida en todo momento—. ¿Estás preparada para esta noche?

—Preparadísima, solo tengo que ponerme mi disfraz y beber hasta acabar vomitándole los pies a alguien.

—Idiota. —Se ríe y me da un suave empujón—. Ya verás qué fiesta más guapa me he currado. Os vais a quedar pasmados.

—Conociéndote, seguro que será la hostia. Lo has organizado todo tú sola, sin ayuda, sin agobios.

—Mujer, agobios sí que he tenido y... —Para de hablar de repente y se tapa la boca con una mano—. ¡Achís! ¡Achís!

—Salud.

—Gracias. He tenido muchos agobios. Pero el jefe me pidió que me ocupase de la organización y no me pude negar. Así que quiero que sea la mejor fiesta de la historia, va a ser alucinante.

—¿Alucinante? ¿Has contratado a Brad Pitt para que nos haga un estriptis? ¿A Pedro Pascal?

—¡Mejor todavía! Vais a flipar todos. Va a ser la fiesta más increíblemente ideal y terrorífica del mundo.

—¡Joder! Si lo dices tú, me lo tendré que creer.

—Pues créetelo.

—Y después de tantos preparativos para la despedida del jefe, te habrás acordado de tu disfraz, ¿verdad?

—¡Claro! ¿Por quién me tomas? He pensado en todo. Voy a disfrazarme de algo clásico, pero que nunca falla.

—¿De fantasma? ¿De bruja?

—No, Emma, por Dios, qué cosas tienes. Voy a ir de enfermera buenorra.

—¿Te estás quedando conmigo? —La miro como si fuera una alienígena y no mi mejor amiga.

—¿Por qué? ¡Achís! —Vuelve a estornudar—. ¡Achís!

—Salud.

—Gracias. ¿Lo dices porque tú también te has comprado el mismo disfraz que yo? ¿Vamos a ser unas enfermeras explosivas?

—¡No, ni de coña! ¿Qué tendrán que ver las enfermeras con Halloween?

—Ay, Emma, qué rarita eres. ¡Achís!

—Salud. Tómate algo para el resfriado.

—Sí, sí, ahora paso por una farmacia. —Me da un rápido beso en la mejilla—. Nos vemos esta noche. Estoy deseando ver tu disfraz.

Cuando salgo a la calle, mi hermano Ben me espera montado en su coche. Él también trabaja en la misma empresa que yo, pero en el área de publicidad.

Monto en el asiento del copiloto y le sonrío levemente.

Benjamin es un tío guapo. Todas mis amigas han estado enamoradas de él en algún momento de su vida.

Es alto (herencia de mi madre), con un cuerpo fuerte, atlético y una sonrisa pilla a la que no

puedes resistirte (herencia de mi padre).

Tenemos los mismos ojos, un lunar en la nalga izquierda y la misma manía de pensar en voz alta. Pero ahí termina nuestro parecido, porque Ben es el hombre más responsable y aburrido que conozco (herencia de... Vete tú a saber).

—Hey —le digo nada más cerrar la puerta y ponerme el cinturón de seguridad.

—Hola —responde con indiferencia, poniéndose unas gafas de sol—. ¿Hoy viene Penny con nosotros?

—Eso me dijo esta mañana.

Penny es nuestra hermana mayor y resulta que también trabaja en la misma empresa, pero ocupa el puesto de secretaria de dirección y apenas la vemos en todo el día.

Me acomodo en el asiento, me coloco también las gafas de sol y subo los pies al salpicadero, llevándome a cambio un gruñido de Ben, que trata a su coche como si fuera su novia de toda la vida.

—¿Puedes bajar los pies?

—No.

—Ayer limpié el coche.

—Enhorabuena. —Le doy unas palmaditas en el hombro y le sonrío con gracia.

—Y haz el jodido favor de sacar esa ropa que dejaste el otro día en el maletero. Esto no es tu armario.

—Ni hablar, ¿y si me hace falta de improviso?

—Qué ganas tengo de que arreglen tu moto.

—Me dijo el mecánico que todavía le queda una semana, así que te aguantas. Tus follamigas van a tener que compartir coche con tu hermana favorita.

—No me lo recuerdes.

—¿A cuál de ellas vas a llevarte a la fiesta de esta noche? ¿A Ivette, a Martha, a Sophia?

—A ninguna, porque no voy a ir.

No sé por qué, pero no me extraña. En vez de veintisiete años, parece que tenga noventa y cinco.

—Eres un muermo, Ben.

—¿Qué se me ha perdido a mí en ese sitio? Yo paso de disfrazarme y hacer el gilipollas con los del trabajo. Esas cosas te gustan a ti, pero a mí no.

—No voy a molestarte ni en contestar —resoplo.

De repente, la puerta trasera del coche se abre y por ella aparece Penny, con su acostumbrada buena cara, tarareando una canción.

—¡Ya estoy, nos podemos ir! ¡Emma, baja los pies del salpicadero!

—¡Otra igual! —Pongo los ojos en blanco, pero nadie se percata por las gafas de sol.

—¡Buaj, tengo unas ganas de que llegue esta noche...! —exclama Penny cuando nuestro hermano pone el coche en marcha—. Voy a disfrazarme de Estatua de la Libertad.

—Muy original —resopla Ben.

—Yo al menos sé divertirme, no como otros que se pasan la vida pegando tiros con los jueguecitos del ordenador.

Suelto una carcajada y le choco la mano a Penny, porque ha estado fina.

—Dice Lauren que va a ser un fiestón.

—Lo sé, hablé con ella hace unos días y me contó todo lo que ha planeado —comenta ella sonriente—. Y me ha prometido que voy a cantar.

—¡Y una mierda! —exclama Ben abriendo mucho los ojos.

—¿Lauren te ha dicho eso? —pregunto sin poder creérmelo, porque conozco a mi amiga y me parece lo más irreal que he escuchado en mi vida. Se ha esforzado una barbaridad con esa puñetera fiesta de Halloween, no creo que quiera cargársela con los graznidos de Penny. Porque mi hermana piensa que canta como los ángeles, pero la verdad es otra muy distinta.

—¡Llevo varios días ensayando la canción, y va a ser la leche, no habéis escuchado nada igual!

—Ni lo escucharemos, porque vamos a acabar con los tímpanos reventados. —Me río con Ben.

—¡Eres muy imbécil, Emma! —Da un empujón a mi asiento y yo me río con más ganas—. De hecho, os lo voy a demostrar.

—¡No hace falta!

—Que sí, ya veréis. —Saca su teléfono móvil y busca en YouTube la canción que ha elegido para cantar en la fiesta.

Cuando los primeros acordes de *La llorona* de Chavela Vargas comienzan a sonar, mi hermano y yo nos miramos horrorizados, y no por la canción en sí, que es una pasada, sino porque Penny la va a destrozar a base de bien.

*No sé qué tienen las flores, Llorona,
las flores del Camposanto.
No sé qué tienen las flores, Llorona,
las flores del Camposanto,
Que cuando las mueve el viento, Llorona,
parece que están llorando.
Que cuando las mueve el viento, Llorona,
parece que están llorando.*

—Perfecto, Penny, nos ha quedado claro que la cantas genial —me entrometo para que deje de taladrarnos los oídos.

—No la animes más, joder —me riñe entre susurros Ben, horrorizado porque desafina una cosa mala—. Penny, ya, vamos a poner otra cosa en la radio.

Pero ella ni caso.

*Ay de mí, Llorona,
Llorona, tú eres mi chunca.
Ay de mí, Llorona,
Llorona, tú eres mi chunca.*

Con sus alaridos a todo volumen recorremos el trayecto que falta para llegar a casa. Mi hermana canta *La llorona*, pero somos Ben y yo los que tenemos ganas de llorar, que lo sepáis.

A media tarde comienzo a vestirme para la fiesta. Me queda exactamente una hora para pintarme la cara y tengo serias dudas de si llegaré a tiempo, porque el maquillaje de mi disfraz se las trae.

Pero en el momento de la verdad, no tardo tanto tiempo. Llevo una semana practicando el maquillaje en un papel y es pan comido.

Cuando estoy del todo lista, me coloco frente al espejo y sonrío al ver el resultado.

Ya te digo yo que no va a haber otro disfraz como el mío. ¡Es original, colorido y muy chulo!

Llevo un vestido confeccionado con recortes de diferentes telas. Un trozo tiene rayas en los tonos del arco iris, otro está moteado en blanco y negro, y varios trozos tienen formas geométricas repartidas por el vestido... Las medias son igual de coloridas pero diferentes en cada pierna. En mi rostro, he pintado la mitad de blanco, la otra de amarillo, y la zona del cuello de verde. Esto hace que una de mis cejas se vea más larga y ancha que la otra y uno de mis ojos mucho más grande. Además, la mitad de mi boca está pintada de rojo y la otra de negro. Para darle el toque final, llevo un par de marcos de fotos a modo de collar.

¡Soy el mejor cuadro de Picasso de la historia, señoras!

Sí, ya sé que mi disfraz tampoco da miedo, aunque, si llevara colgando la etiqueta con el precio, algunos podrían acojonarse vivos. Y si hay tías que se visten de conejitas de *Playboy*, ¿por qué no voy a poder disfrazarme yo de lo que quiera?

Cuando estoy dándole los últimos retoques al maquillaje, empieza a sonar mi teléfono.

Al mirar la pantalla, veo el número de Lauren y sonrío de inmediato. Seguro que quiere meterme prisa para que no llegue tarde.

—Salgo de casa enseguida, que no panda el *cúnico*. No voy a llegar tarde a la fiesta, doña perfecta —bromeo nada más ponerme el teléfono en la oreja.

—Ya sé que no vas a llegar tarde. —La voz de Lauren suena trabajosa. La escucho toser al otro lado de la línea—. Ay, Emma, estoy fatal.

—Joder, tía, casi no puedes hablar.

—¡Achís! Hace un rato me tomé una cucharada de jarabe para el resfriado, pero cada vez estoy peor. —Se le nota la nariz congestionada y no deja de toser.

—¿Has bebido algo caliente?

—Mi madre me acaba de traer un poco de caldo de pollo.

—Eso resucita a un muerto, ya verás.

—No, Emma, no. Estoy con fiebre. ¡Achís! Tengo un malestar brutal por todo el cuerpo y me mareo.

—Ostras, ¿y cómo vas a ir a la fiesta así?

—No voy a poder ir. Si me levanto de la cama, me da todo vueltas.

—¡Pero... has trabajado como una cabrona estas semanas! ¡No puedes perdértela!

—¡Achís, achís! —Sorbe por la nariz—. ¿Piensas que no me da rabia, tía? No puedo con mi vida. Aunque me empeñase, no duraría allí ni diez minutos. No me encuentro bien.

—¿Y qué pasa con la organización?

—Por eso te llamaba, ¿podrías ocupar mi lugar?

—¡¿Yo?! ¡Pero si no sé nada de lo que hay que hacer! ¿Cómo voy a...?

—Está controlado perfectamente, no hay ningún cabo suelto. Solo tienes que supervisar que todo tenga su orden. ¡Achís! —Sorbe de nuevo por la nariz—. Voy a pasarte por email las actividades de esta noche para que sepas qué hacer en cada momento.

—Lauren, yo...

—¡Te juro que es pan comido! Ya me conoces, no dejo nada al azar. Solo vas a tener que supervisar, confía en mí. —Tose, y me da la impresión de que se le van a salir los pulmones. ¡Madre mía!

Me llevo una mano al cabello y resoplo, porque sé que no puedo decirle que no. Ella no me dejaría tirada si a mí me sucediera algo así. Para eso estamos las amigas, ¿no? Para ayudarnos en

los apuros, sujetar el pelo de la otra mientras vomita, evitar que envíes un mensaje a tu ex en plena madrugada.

Además, ¡es Lauren, joder! ¡La reina del orden y de la organización! ¡Va a ser coser y cantar!

—Vale, pásame por email todas las actividades.

—¡Oh, gracias, Emma, te debo la vida! ¡Achís! ¡No sabes qué rabia me da no poder ir! ¡Tanto tiempo organizando esta maldita fiesta y ahora me la pierdo por una gripe!

—Te pasaré fotos.

—Acabo de enviarte el correo.

—Recibido.

—Lláname para cualquier cosa. Si tienes dudas solo tienes que mandarme un mensaje y yo te lo aclararé, sea la hora que sea.

Miro por encima el *planning* que acabo de recibir. Típico de Lauren, ni la Casa Real británica es tan ordenada, metódica y cuidadosa como mi amiga.

—Aquí está todo muy claro. Tú no te preocupes por nada. Tómate algo caliente, acuéstate y descansa. Mañana te llamo para contarte cómo ha ido.

—¡Una cosa más, Emma!

—¿Qué?

—No dejes cantar a tu hermana. ¡Bajo ningún concepto!

—Pero Penny me ha dicho que tú...

—Ya lo sé, ¡achís!, ya lo sé. Le dije que sí, pero fue para quitármela de encima. No sabes lo pesada que se puso con el tema.

—Me lo puedo imaginar. —Resoplo al pensar en Penny—. Mi hermana nos ha dicho que lleva varios días ensayando la canción. ¿Cómo le digo yo ahora que no la va a cantar?

—¡Haz lo que sea! ¡Van a estar los jefazos, los peces gordos de la empresa! Tiene que salir todo... ¡Achís!, perfecto. Tiene que salir perfecto.

Suspiro y asiento sin articular palabra. Ya me inventaré algo para que Penny no la lée delante de todos.

—Yo me ocupo, no te preocupes.

2

Sé que le molesta que haga esto, pero no hay tiempo para sus tonterías de la privacidad y todas esas gilipolleces.

Abro la puerta de la habitación de mi hermano y entro en ella como un huracán, sin traquear, sin avisar, logrando que dé un salto del susto y deje a mitad la partida que está echando en el ordenador.

—¡Vámonos!

Ben entrecierra los ojos y se cruza de brazos, como si de esa forma fuera a arrepentirme de todos mis pecados.

—¿Qué haces aquí?

—No tengo tiempo para explicaciones, Ben. Tienes que ayudarme.

—¿De qué coño vas disfrazada? —Se ríe—. Mira que eres friki y pringada.

—Voy a hacer como que no he escuchado lo que acabas de decir.

—¿Por qué te has vestido de payaso?

—¡No voy de payaso, inculto! ¡Voy de cuadro de Picasso! —Ben enarca las cejas y me mira con más atención, pero por su cara de póker me da a mí que no encuentra el parecido por ningún lado. Sin embargo, eso ahora da igual, así que lo cojo de la mano y tiro de él para que se levante de la silla—. Vamos.

—¿Dónde? Yo no me muevo de aquí.

—Tienes que ayudarme.

—¿Por qué?

—Lauren está enferma y me ha pedido que supervise la fiesta en su lugar.

—Te lo ha pedido a ti, no a mí, así que...

—¡Benjamin Anthony Brown! ¡Mueve el culo ahora mismo! ¡Tienes que ayudarme a evitar que Penny cante esta noche!

—¿Por qué? ¿Qué recibo a cambio?

—No le diré a papá que fuiste tú el que rompiste su vinilo de los Beatles.

—¡Eso fue cuando tenía diez años, imbécil! ¡Ya no soy un crío!

—Muy bien, se acabó el guardar el secreto. Ahora mismo papá va a saber quién se cargó aquel disco de coleccionista al que tanto cariño le tenía, que ahora valdría un cojón y que...

—¡Espera, espera, joder! —Me coge por el codo y yo sonrío como la malvada de la película, porque voy a conseguir lo que quiero—. ¡Aunque quisiera ir, no tengo disfraz, Emma!

—Ponte el del año pasado.

—El año pasado tampoco salí en Halloween.

—Pues busca uno de papá, pónelo y te espero en la puerta de la entrada en quince minutos.

Quince minutos más tarde, Ben aparece con cara de perro malhumorado y un disfraz de vampiro que no tiene nada de original.

No se ha pintado la cara, no se ha peinado, ni está por la labor de quitarse las deportivas, pero no voy a quejarme ahora, al menos va a acompañarme.

—Ya llevo un disfraz, ¿estás contenta?

—Lo estaría si te hubieras puesto algo más original.

—Y me lo dice la que va de payaso.

—¡Que no voy de...! ¡Oh, Ben, a veces te mataría!

Lo veo reírse entre dientes.

Doy media vuelta para salir de casa y no darle con el bolso en toda su jeta de chulo de barrio.

Montamos en su coche y mi hermano conduce con la música rock a todo trapo, pero con mucho cuidado de no atropellar a ningún monstruito, alienígena o zombi que pasea por la calle en grupos, yendo de casa en casa a la caza de dulces y caramelos al típico grito de «truco o trato».

Cuando dejamos atrás la zona residencial de Montgomery y nos adentramos en terreno industrial, las luces y la decoración empiezan a desaparecer paulatinamente en las calles. Por aquí solo hay fábricas y naves en alquiler en busca de nuevos negocios.

Y la nave que mi jefe ha alquilado para la fiesta es la más fea de todas, y también la más alejada, pero tiene un enorme aparcamiento en la puerta, donde ya se encuentran estacionados los coches de nuestros compañeros de trabajo.

—Este sitio pone los pelos de punta —comento, mirando con atención la enorme construcción, porque tiene pinta de faltarle un soplido para derrumbarse de lo vieja que es.

—Si me dijeran que aquí dentro han matado a veinte hombres a cuchilladas, me lo creería —comenta Ben, mirándola a su vez con una mezcla entre asco y decepción—. Tendría que haberme quedado en casa.

—Espero que por dentro esté un poco más decente.

—Yo no me haría muchas ilusiones.

Dejamos el coche aparcado y, nada más poner un pie dentro, la música inunda nuestros oídos y la oscuridad nos deja momentáneamente ciegos.

En los altavoces suena *Everybody* de los Backstreet Boys, y cuando mis ojos se acostumbran a la penumbra del lugar, reconozco varias caras. En medio de la pista de baile están Lucy, disfrazada de zombi, y Brian, el de seguridad, de hombre lobo, bailando como si estuvieran poseídos.

Hay muchas otras caras que no he visto en mi vida, pero es normal, la empresa es enorme y nosotros solo conocemos a los que trabajan en las oficinas, pero no a los operarios del almacén.

De repente, unos brazos rodean mi cintura y un grito en mi oreja me hace chillar del susto.

Cuando me doy la vuelta, Eric, otro de mis compañeros, se descojona a más no poder.

—¡Gilipollas, qué susto me has dado!

—Es que te he visto tan guapa con tu disfraz de brócoli podrido que no he podido resistirme.

—¡Voy de cuadro de Picasso, idiota!

—¿Ah, sí? —Veo que mi hermano se ríe, y les enseño el dedo corazón. Sin embargo, antes de poder decir algo ingenioso que los deje pasmados, Eric empieza a hablar de nuevo mientras choca la mano con Ben—: ¡Eh, tío, me alegro de que al final hayas venido, lo vamos a pasar de puta madre! —Señala hacia la derecha—. ¿Habéis visto al jefe? Va disfrazado de Julio César.

—Para que no se nos olvide quién manda —comenta Ben, buscándolo con la mirada.

—Y la tía buena de Becca va de gatita sexi. Se le marca todo, y cuando digo todo es ¡todo!

—¡No jodas! —exclama mi hermano con cara de cachondo perdido. Este tío no va a madurar nunca—. ¡Yo quiero ver eso!

—¡No, Ben! ¡Tú te quedas para ayudarme con...! —Pero él y Eric se alejan dejándome plantada en la entrada de la nave—. ¡Benjamin! ¡Has venido para echarme una mano con la organización!

¿Crees que me hace caso?

Pues si piensas que sí, déjame decirte que te equivocas por mil al cuadrado elevado a la décima potencia.

Mi hermano se mezcla con todos los demás y desaparece de mi vista, porque parece que su instinto de «macho *unga unga*» es más fuerte que el de cumplir con su deber. Acojonante.

Así que me quedo más sola que la una, observando a mi alrededor mientras todos bailan, beben y miran envidiosos el disfraz del prójimo.

Al no tener a nadie que ocupe mi atención, caigo en la cuenta de que la nave está decorada de una forma impecable. Es todo muy Halloween, para qué decir lo contrario.

El techo está lleno de telarañas y a lo largo de las paredes hay jarrones repletos de flores secas y mustias. Las cortinas están manchadas con sangre falsa y por el suelo hay repartidas calabazas terroríficas con ojos, boca y velas en su interior, que les dan un aspecto muy tétrico.

De forma automática saco mi teléfono móvil y le echo un vistazo al *planning* que me mandó mi amiga.

Lo releo un par de veces para intentar memorizarlo:

20:00. Discurso de despedida del jefeazo y presentación del nuevo jefe.

20:30h. Cena picoteo.

21:30h. Concurso mejor disfraz + trofeo.

22:00h. Tartas y dulces monstruosos.

(El pastelero lo llevará todo quince minutos antes).

22:30h. Número humorístico con drag queen.

23:30h. Baile + suelta de globos.

**Todo listo y preparado en cuartito privado junto a los servicios. Solo se necesita colocación según el horario.*

Vale.

El *planning* dice que hay un cuarto donde Lauren debe tener cada cosa organizada.

Abandono la pista de baile y camino hacia los servicios en busca del dichoso cuartito.

Antes de llegar, me tropiezo con una monja muerta, pero logro esquivar el líquido de su vaso cuando se derrama.

El cuarto en cuestión es una amplia sala repleta de cajas de cartón, biombos, sillas plegables y mil artilugios más para fiestas. No obstante, mi atención está puesta en todo lo que hay sobre la gran mesa.

—Lauren, eres jodidamente increíble —digo en voz alta al ver que todo está colocado en orden. No falta ningún detalle—. Qué fácil lo has puesto todo, amiga.

Esto va a ser un paseo, una anécdota, está masticadito, puedo relajarme con la seguridad de que la fiesta va a ir sobre ruedas. ¡Si incluso los globos negros que luego hay que soltar están hinchados y metidos en sendas redes para que no se desperdigen por el cuarto!

—Vale, manos a la obra —digo, consultando la hora en mi reloj de muñeca—. Son las ocho menos cuarto y en quince minutos empieza el discurso del jefe. Toca colocar el atril y el micrófono en la sala.

Lo hago en un santiamén.

Lauren va a estar muy orgullosa de mí.

A la hora indicada, Julio César, digo, nuestro jefe y señor, sube al escenario y comienza a darles la chapa a mis compañeros con anécdotas sobre los siglos que lleva trabajando en la empresa, y tal y cuál.

Yo, como tengo que colocar la comida sobre las mesas para la cena-picoteo, no presto atención a su discurso ni a la presentación del nuevo jefe. Ya me lo contarán luego.

Cuando lo tengo todo listo, saco mi teléfono móvil y le mando un mensaje a Lauren.

Emma:

Todo está saliendo rodado.

¿Quién es la mejor? Sí, soy yo, lo sé.

Espero a que le llegue el mensaje, pero el doble *check* no aparece, lo que quiere decir que mi amiga tiene el móvil apagado. La pobre tiene que estar medio muerta para no contestar.

El interminable discurso acaba y, cuando todos se dan la vuelta, encuentran las mesas repletas de la comida que acabo de poner.

Comen, ríen, beben y bailan, y yo me permito disfrutar un poco con varias compañeras, que también me lo merezco, oye.

Y el tiempo se me pasa volando, porque cuando vuelvo a mirar el reloj, son las nueve y veinte, y solo quedan cinco minutos para el concurso de disfraces.

—¡Joder! ¡Y no he repartido las tarjetas para las votaciones!

Corro otra vez hasta el cuarto privado y me dirijo a la mesa donde todo está perfectamente colocado.

O estaba. En pasado.

Porque aquí no hay nada.

Ni las tarjetas, ni el trofeo.

Mi cerebro se queda en blanco durante unos segundos, cortocircuitando. ¡Estaban aquí! ¡Antes estaban aquí encima, en la puñetera mesa, con las otras cosas!

Doy una vuelta sobre mí misma buscándolas a mi alrededor. Miro detrás de los biombos, sobre las sillas, en la otra mesa.

¡Ansiedad máxima!

¡¿Cómo vamos a hacer un jodido concurso sin tarjetas ni trofeo?! ¡Ansiedad, ansiedad, ansiedad!

—¿Dónde están? ¿Dónde está el trofeo? ¡¿Dónde coño está Ben cuando lo necesito?!

Mi hermano es rápido pensando, incluso más que yo, porque en estos momentos me he quedado completamente en blanco. Él sabrá lo que hacer.

Lo busco por toda la sala, empujo a brujas, momias y a Freddy Krueger, hasta que por fin lo encuentro.

Es él. El aburrido disfraz de mi padre se presenta frente a mis narices y mis nervios se relajan un poco. Pero solo un poco, no te vayas a pensar. Aprovechando que está de espaldas, agarro su capa y lo arrastro al dichoso cuartito sin ni siquiera avisarlo de que estaba a su lado.

Lo he pillado de improviso y se ha asustado, lo sé.

¿Me importa? Ni un poco. Que se aguante.

Estoy tan nerviosa, porque faltan escasos cinco minutos para el concurso, que mi cabeza está en bucle y paso olímpicamente de sus quejas.

Cuando entramos en la seguridad de ese cuarto privado, doy media vuelta para encararlo y cantarle las cuarenta por haberme dejado sola. Sin embargo, mi boca se queda abierta y las palabras no salen hasta unos segundos más tarde.

—Tú... no eres Ben. —Frente a mí, tengo un hombre de la misma estatura que mi hermano, con la cara cuadrada y pálida por el maquillaje de vampiro, el cabello repeinado hacia atrás, y unos ojos oscuros y profundos tras unas elegantes gafas. Es joven. Calculo que no supera los treinta al igual que yo, y es tan mono que parpadeo varias veces seguidas por la impresión. Rectifico: es mono y está más bueno que un gofre recién hecho. Añado, perpleja—: No eres mi hermano.

—Ro foy ju fermaro.

—¿Qué?! —¡Bum! Me acaba de estallar la cabeza. ¿Qué ha dicho? ¿Qué jodido idioma es ese?—. ¿Cómo? No te entiendo.

—¡Gue ro foy ju fermaro!

—¿Qué dices, tío?!

El desconocido pone los ojos en blanco y se lleva la mano a la boca, de la que saca una dentadura postiza con los colmillos.

—¡Digo que no, no soy tu hermano! —repite esta vez con claridad, con una profunda voz tan atractiva como todo él. Y con mala leche, eso también.

—¿Y por qué llevas su disfraz?! ¡Ha sido idea de Ben, ¿verdad?! ¡Él te lo ha dado para escaquearse y no ayudarme con...!

—Este disfraz es mío.

—¿Tuyo, en serio? ¿Te has disfrazado de Drácula sin que nadie te haya coaccionado? Eres igual de aburrido que él.

—¿Te estás burlando de mi disfraz?

—De lo poco original que es, sí.

—Y me lo dice una tía que va de... —Se queda mirándome confuso—. ¿De alguna especie de ave tropical?

—¡Soy un Picasso! ¿Qué le pasa a todo el mundo? ¡Un poco de cultura, por favor!

—¡Soy un gran amante del arte, y tú no eres ningún Picasso!

—Deberías graduarte la vista.

—¡Veo perfectamente!

Me paso una mano por la frente, con cuidado de no estropear mi maquillaje y miro al desconocido con cansancio.

—Vale, lo que tú digas. ¿Puedes irte?

—¡Has sido tú la que me ha arrastrado hasta este lugar mientras estaba hablando tranquilamente con...!

—¡Venga, vete, no puedo perder más tiempo contigo, aunque seas muy mono!

—¿Mono? ¿Me acabas de llamar mono? ¿En serio?

—¿Qué problema tienes ahora?

—Me han llamado muchas cosas, pero nunca *mono*.

—Pues sí, eres mono, aunque vayas disfrazado como un viejo de cien años y seas igual de aburrido que un sermón dominical. —Miro hacia la mesa, donde se encontraban el trofeo y las tarjetas hace un rato. ¿Dónde mierda estarán? Porque han desaparecido sin más—. ¿Tú crees en fantasmas, Drácula?

—¿Estás bien de la cabeza?

—Hasta hace un momento, habría jurado que sí. —Miro mi reloj de muñeca—. ¡Joder, voy

tarde! ¡Vete, tengo que encontrar a Ben para que me ayude con este marrón!

Le doy varios empujoncitos para sacarlo del cuarto, y una vez los dos fuera, me alejo a toda leche en busca de mi hermano, que no debe de andar muy lejos, digo yo.

Doy dos vueltas a la sala, entre los que bailan, entre los que comen alrededor de las mesas, junto al atril donde mi jefe acaba de soltar el discurso de su vida, incluso en los servicios de caballeros (no queráis que os cuente lo que he visto allí). Y Ben no aparece. ¡Y yo me cago en todo!

Las diez menos cuarto y el concurso sin empezar.

¡Estrés, estrés, estrés!

Saco mi teléfono móvil para llamar a Lauren. Estoy en blanco y ella podrá ayudarme a resolver este marrón.

Después de varios intentos, y cansada de que la señora de la compañía telefónica me diga que el teléfono está apagado o fuera de cobertura, le escribo un mensaje. O mil.

Emma:

¡¿Dónde cojones estás cuando te necesito?! ¡Lauren!

Emma:

¡Despierta, despierta!

¡Código rojo, tía!

¡Las jodidas tarjetas y el trofeo han desaparecido!

Emma:

¡Y tampoco encuentro a Ben!

¿Por qué coño desaparece todo esta noche?

Emma:

¿Qué voy a hacer ahora?

¿Tú qué harías?

Cuando me canso de enviar mensajes que no llegan, me guardo el teléfono en el bolsillo y me apoyo en la pared más cercana a los servicios, buscando a mi hermano con la mirada y el baile de san Vito en los pies, y no precisamente por la música.

—Pareces agobiada.

Esa profunda voz otra vez, pero esta vez en mi oído. Al girar la cabeza, el Drácula mono está a mi lado, y me observa con curiosidad.

—Es que estoy agobiada.

—¿Qué te pasa?

—No encuentro a mi hermano.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Ben? ¿Veintisiete?

—¿Y no es lo suficiente mayorcito como para que lo busques como a un crío?

—¡No es por eso! ¡Es que esta noche había venido para ayudarme con la organización!

—Ah, ¿eres tú la que ha organizado todo esto?

—No, de hecho, yo no debería estar aquí, sino allí. —Señalo la pista de baile, donde todos beben y ríen—. ¿En qué momento decidí ser una buena amiga y comerme este marrón?

—¿Qué marrón?

—Lauren es la que debería estar encargándose de la fiesta, no yo. Ella sabría qué hacer en estos casos.

—¿Qué ha pasado? No puede ser tan grave.

—Tendríamos que estar celebrando un concurso de disfraces, pero han desaparecido las tarjetas para la votación, y lo más importante: ¡el trofeo! ¿Cómo vamos a proclamar ganador a alguien sin un maldito trofeo?

—¿Solo es eso?

Cuando escucho esa pregunta, miro a Drácula como si quisiera sacarle los ojos.

En serio, es muy guapo y en cualquier otro momento no me habría importado que me cogiera de cualquier manera y me empotrara contra alguna pared, pero me está tocando la moral.

—¿Solo? ¡¿Te parece poco?!

—Si lo que ocurre es eso, lo podemos arreglar.

—¿Cómo? —Vale, ahora sí que le presto toda mi atención.

—Sube al escenario y escoge a tres personas al azar entre los asistentes. Que sean ellos los que elijan a los finalistas, y luego que el público decida con aplausos al ganador.

Mis labios se curvan ligeramente al sopesar sus palabras. Es una opción razonable que puede funcionar. Pero...

—¿Y el trofeo?

—Encontraré algo para premiar al ganador. Dame diez minutos.

Ni siquiera contesto. Dejo a Drácula plantado junto a los servicios y corro hacia el escenario, porque el concurso ya tendría que haber empezado y se me amontona la faena.

No sé si es verdad que me va a ayudar o si me va a dejar tirada y se está quedando conmigo, porque no tiene ninguna obligación de arrimar el hombro, pero decido dar un salto de fe y pensar que este chico monísimo va a sacarme las castañas del fuego.

Una vez allí, enciendo el micrófono y me aclaro la voz para que todo el mundo me oiga.

El DJ quita la música.

—¡Tenebrosas y embrujadas noches a todos! Como ya os habréis dado cuenta, Lauren no ha podido venir a la fiesta porque está enferma, así que voy a ser yo la que ocupe su lugar.

—¡Eh, Emma, qué disfraz más original! ¡Vas de mosaico, ¿no! —grita alguien desde el público.

—¡No voy de mosaico! —exclamo con los ojos en blanco, porque no me puedo creer que nadie sepa de qué va mi disfraz—. ¿Es que estáis ciegos? ¡Voy de...! ¡Bah, ¿qué más da?! Empecemos el concurso.

Tal y como me ha dicho Drácula, elijo a tres manos inocentes que van a encargarse de escoger los disfraces más originales. Aunque yo creo que no saben qué significa la palabra *original*, ya que los elegidos no tienen nada de novedosos: una momia, una diablilla sexi y a Jason Voorhees. ¡Bravo!

La cuestión es que el público se decanta por la diablilla sexi (¿me asombra? Pues no, porque el sexo vende, queridas).

Y llega el momento de proclamarla ganadora y darle su trofeo. Pero de momento, este no llega.

—¿Qué he ganado? —dice ella, aplaudiendo.

—Una cosa... muy guay.

—¿Dónde está? —La diablilla mira expectante a nuestro alrededor.

—Pues es que resulta que...

—¡El premio! —dice una voz muy familiar a mi espalda. Es Drácula, que con la respiración agitada me tiende lo que tiene en las manos.

—¡Aquí está tu premio! —le digo a la chica, que coge con mucho entusiasmo... ¿Una botella de ron medio vacía y una bolsa de ganchitos aplastados?

Genial.

Ella no dice nada y sonrío educada, pero en su expresión se ha notado que ese *premio* no era lo que esperaba.

Cuando bajo del escenario, suelto el aire que he estado conteniendo todo este tiempo. Qué poco ha faltado para que todo se vaya a la mierda, pero he salido airosa, aunque no me lo crea ni yo.

Necesito una copa, o veinte, todavía no lo tengo claro.

Mientras me dirijo hacia la mesa de las bebidas, Drácula camina a mi lado con una sonrisa chulesca en los labios. Y ni admito ni desmiento que está como para hacerle un favorcillo.

—De nada, ¿eh? —dice, dándome un pequeño empujón con el hombro.

—Esa botella abierta y la bolsa de ganchitos rancia son el premio que cualquiera soñaría recibir al menos una vez en la vida.

—¡Eh, no te rías! ¡Es lo primero que he encontrado! —exclama descojonándose conmigo y me guiña un ojo—. Tú lo has hecho bien. No se ha notado nada que estabas improvisando.

—¿Qué dices? Pero si casi me dan tres microinfartos allí arriba. Después de esto, Lauren me debe un favor, y de los gordos.

—¿Y dices que las tarjetas y el trofeo estaban antes en la mesa?

—Te lo juro. Los he visto con mis propios ojos, y han desaparecido como si nada.

Cuando llegamos a la mesa de las bebidas, le ofrezco un vaso a Drácula, quien lo coge sin dejar de sonreírme. Tiene una sonrisa preciosa y huele tan bien que dan ganas de morderle el cuello, y eso que el que va disfrazado de vampiro es él.

Chocamos levemente nuestros vasos de plástico bien cargados de alcohol y damos un primer trago.

—Y, bueno, ¿a quién tengo el deber de agradecerle su hazaña el resto de mi existencia? —pregunto divertida—. Me has salvado la vida esta noche y no sé ni tu nombre.

El sonrío y extiende un brazo para que estrechemos nuestras manos.

—Michael Jackson, para servirte.

—Sí, ya, y yo soy Madonna. —Se la estrecho riéndome.

—¿Qué? ¿Cómo que Madonna? —Parece confuso—. ¿Qué dices?

—¡No sé, has empezado tú! —De repente, caigo y me siento idiota—. Espera, ¿te llamas Michael Jackson de verdad?

—Desde que nací.

—¡No jodas!

—Pues sí.

—Tus padres tienen que ser unos cachondos de la vida.

—Mi abuelo se llamaba así. Me lo pusieron en su honor.

—¡Madre mía, chico! ¡Michael Jackson!

—No hace falta que siempre lo digas completo —resopla con los ojos en blanco—. Llámame

Mike, o Mickey, o Mick...

—¡Mickey, qué tierno y mono!

—¡Olvida Mickey! ¿Por qué te empeñas en que soy mono?

—Porque lo eres.

—No.

—Eres muy mono, Mickey Jackson.

—Y tú muy idiota, eh..., como quieras que te llames.

—Emma. Emma Marie Brown. —Le saco la lengua—. Llámame como quieras, yo no soy tan tiquismiquis como tú.

—La próxima vez, va a ayudarte quien yo me sé.

—Venga, no te enfades —comento palmeando su hombro, que por cierto es fuertote y ancho—. Ya no te molesto más, Mickey, vuelve con tus amigos y disfruta de la fiesta. Y gracias por todo.

3

Cuando me alejo de Mickey, la sonrisa no se borra de mis labios porque siento mi estómago saltar.

No me pasa esto desde que tenía quince años y me enamoré perdidamente de Louis Mayer, el chico con el que conocí el amor (y los cuernos más tarde, porque resultó ser un cabrón de cuidado).

Pero estoy demasiado ocupada esta noche como para analizar las piruetas con doble tirabuzón de mi barriga, porque, si mi reloj no me engaña, solo faltan diez minutos para que el pastelero aparezca con los dulces monstruosos y la tarta.

Cuando voy a saludar a unos compañeros, tengo que apartarme como un resorte del camino de la niña de *El exorcista*, que corre (acompañada por un cura con un hacha sangrienta en la cabeza) vomitando hacia los aseos de la cogerza que lleva. Es lo mejor que he visto esta noche, os lo juro.

—¡Emma! ¡Menos mal que te encuentro! —La voz de mi hermana logra que deje de reírme. Penny, con su disfraz de Estatua de la Libertad, camina hacia mí con una felicidad que le desborda en los ojos—. ¡Qué fiesta más chula ha organizado Lauren! ¡Todo está saliendo superbién!

—De momento, vamos tirando.

—No, en serio, lo de los aplausos del concurso de disfraces ha sido lo más. Me duelen las palmas de tanto aplaudir.

—Me imagino. —Miro a nuestro alrededor—. Oye, ¿has visto a Ben?

—Sí, lo vi hace un rato por allí. —Señala hacia un rincón oscuro de la sala—. Iba acompañado por Cruella de Vil.

Con una tía.

Muy típico de Ben. Deja a su hermana tirada cuando más lo necesito por un par de tetas.

¡Ya lo pillaré, ya! Qué traidor.

—Si vuelves a verlo, dile que lo estoy buscando.

—Vale, yo se lo digo. —Penny se retuerce las manos, sonriente y poniendo ojitos, y eso solo puede significar una cosa—. Oye, Emma, ¿cuándo me toca cantar? ¿Voy calentando la voz?

—¡No! ¡No, ni se te ocurra!

—Pero entonces, ¿a qué hora? Ya le he dado al DJ la música para que la tenga preparada.

—Sí, bueno... —A ver qué le digo yo. Tendría que matar a Lauren. Con lo fácil que habría sido decirle que no a Penny—. Es que... hay varias cosas programadas antes de tu actuación.

—¿Ah, sí? ¿Muchas?

—Unas cuantas.

—Ufff... Estoy tan nerviosa por salir al escenario que no sé si aguantaré tanto tiempo sin...

—¡Aguantarás, aguantarás! No te precipites y todo saldrá perfecto.

—Es verdad. —Coge mi mano y me sonrío con cariño. Y yo me siento fatal porque sé que esta noche mi hermana no va a cantar bajo ningún concepto—. Avísame media hora antes para que pueda calentar la voz.

Penny se va y lo agradezco. Se me han acabado las excusas, yo no valgo para mentir, pero tampoco quiero herir los sentimientos de mi hermana. Sé que está la hostia de ilusionada con su

actuación.

Decidido: voy a matar a Lauren, y lo haré de forma lenta y dolorosa.

Como un rayo, saco de nuevo mi teléfono móvil del bolsillo y le escribo a mi amiga, a pesar de que todos los mensajes que le he enviado hasta ahora no han llegado.

Emma:

Mi hermana está muy
ilusionada con la actuación.
¡No sé qué voy a decirle!

Emma:

Aunque yo misma te dije que
descansaras y no te preocupases
de nada, ¡me vendría muy bien que
encendieras el teléfono y me contestases!

Emma:

Ah, por cierto, el asunto del concurso
ya está solucionado gracias
a Michael Jackson.

Emma:

¿Conoces a Michael Jackson?
No al cantante, que a ese lo conocemos todos,
sino al Michael Jackson que
trabaja en la empresa.

Emma:

Si lo conoces y no me has hablado
de él en todo este tiempo, vamos
a dejar de ser amigas. Está buenísimo.
Y aunque Mickey diga que no, es
muy mono. Pero mucho, mucho.

Levanto la vista ligeramente y veo que alguien me está haciendo señales con las manos. Es Eric, el que se llevó a Ben nada más llegar a la fiesta. A su lado, hay dos orondos hombres con unas cajas en las manos.

¡Los pasteleros!

¡Genial! Los dulces han llegado a su hora, sin contratiempos ni atrasos. Una cosa que sale bien a la primera.

Los hago pasar al cuartito donde Lauren tiene preparadas todas las cosas y ellos depositan las cajas sobre la mesa.

Los pasteles están cubiertos con papel vegetal para protegerlos de cualquier accidente, y empieza a oler de maravilla aquí.

—Dentro de esta bolsa hay sirope de cereza para las tartaletas —me advierte uno de ellos, el que tiene un bigote que le cubre casi todo el labio superior—. Es opcional comerlos con sirope, y la chica que los encargó ni lo mencionó, pero a muchos de nuestros clientes les gusta, así que lo hemos traído de igual forma.

—Entendido. Lo verteré en una fuente y el que quiera que los moje en él.

—Van a relamerse con ellos, son los favoritos de mi hija —comenta el otro con su mayor sonrisa—. Han quedado jugosos y preciosos.

Se despiden de mí con un escueto «adiós» y vuelvo a quedarme a solas en la sala, junto a los dulces.

Jugosos y preciosos.

¡Qué bien suena eso!

Tienen que estar de locos para que sean los favoritos de la hija de ese hombre. Los niños son muy exigentes, no te vayas a creer.

Un momento.

¿Jugosos, preciosos y los favoritos de una niña?

¿Preciosos unos pasteles para Halloween?

Hay algo en todo esto que no está bien. Es un presentimiento que tengo ahora mismo, y que quizás no sea nada, pero mis manos van hacia el papel que cubren los pastelillos con una inquietud muy rara en la boca del estómago.

Cuando los descubro, estoy casi a punto de caerme de morros al suelo.

Preciosos.

Son preciosos.

¡Los putos pasteles de Halloween son preciosos! ¡Son rosas, blancos y con una cigüeña coronando el merengue!

¡Han traído dulces para una fiesta de recién nacido! ¿Qué jodida pesadilla es esta? ¡Ríete de *Viernes 13*, porque esto deja a la película en pañales! ¡Y nunca mejor dicho!

No, en serio, tiene que ser una broma. Una equivocación. Una equivocación muy gorda, ya que no creo que nuestro jefe quiera que su fiesta de jubilación tenga tartas de recién nacido.

¡Ansiedad, ansiedad, ansiedad triple al cuadrado!

Saco mi teléfono móvil (voy a tener que pagarle horas extra esta noche al pobre) y marco el número de la pastelería, que está apuntado en la tarjeta del pedido, mientras salgo corriendo hacia la sala para ver si puedo pillarlos antes de que se vayan.

—¿Diga? —Es la voz del hombre del bigote.

—Hola, sí, soy la chica a la que acaban de dejar los pasteles. ¡Ha habido una equivocación! ¡Tienen que venir y llevárselos de nuevo, deprisa!

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¡Son dulces de bebé! ¡Estamos celebrando una fiesta de Halloween!

—Es lo que se nos pidió, señorita.

—¡¿Pasteles de recién nacido?! ¡¿Se está quedando conmigo?! ¡

—No, fue exactamente lo que nos encargó la mujer que se puso en contacto con la pastelería. Hable con ella si no está conforme.

—¡Pero tienen que llevárselos! ¡Estos no...! ¡Joder, que estamos en Halloween!

—Y yo le repito que hemos preparado lo que se nos encargó.

—¡Es imposible! ¡Deben de haber traspapelado las notas! ¡En otro lugar de Montgomery habrá un recién nacido con los dulces equivocados!

—¡No hemos traspapelado nada, señorita, somos una empresa seria!

Y me cuelga.

Necesito unas vacaciones.

Creo que esta noche voy a envejecer de golpe veinte años por el estrés.

¡¿Qué hago yo ahora?! ¡¿Cómo saco esos pasteles para que se los coman?!

Me van a despedir, y voy a descuartizar a Lauren por hacerme pasar por todo esto.

Emma:

¡Enciende el puto teléfono, Lauren!

¡¿Has encargado pasteles de recién nacido para la jodida fiesta de Halloween?!

Emma:

¿Qué mierda se supone que voy a hacer ahora?

Emma:

Vale. Me calmo, me calmo, me calmo.

Sé que no has podido ser tú.

Te conozco, no has sido tú.

Se han equivocado ellos y le han echado la culpa a la primera persona que se les ha ocurrido.

Emma:

Han traspapelado tu pedido, sí.

Emma:

¡Lauren, por el amor de Dios, enciende el teléfono!

¡¿Qué hago?!

¿Dónde está Ben?

¡Me cago en mi hermano y en todos los tíos babosos que prefieren irse con una mujer disfrazada de Cruella de Vil!

¡Madre mía, qué Halloween me están dando entre todos! ¡Si lo llego a saber... no me saca nadie de mi casa! ¡Que yo no valgo para las situaciones de estrés! ¡Soy horrible gestionando estas mierdas!

Cierro los ojos con mucha fuerza y pienso en un lugar feliz. Lo necesito.

—Eh, ¿qué pasa ahora?

Esa voz.

¡Dios, esa voz acaba de sonar en mi mente como las trompetas de unos ángeles salvadores!

Michael aparece a mi lado con su sonrisilla de tío bueno en los labios.

—¡Menos mal que estás aquí! —Entrelazo nuestras manos y lo arrastro de nuevo hacia el dichoso cuartito. Qué manía le estoy cogiendo a ese lugar infernal.

—Creo que es la primera vez que una mujer se alegra tanto de verme.
—¡No te burles o te atizo!
—También es la primera vez que una mujer me amenaza con pegarme en un cuarto solitario.
—Tienes que ayudarme.
—Lo suponía. Te he visto correr detrás de los tíos que traían los pasteles y... ¿Qué coño es eso?! —exclama al ver los dulces que aguardan preciosos, de color rosa, sobre la mesa.
—¡Eso es el problema!
—¡Son pasteles *newborn*!
—¡Ya me había dado cuenta, no te vayas a pensar!
—¿Por qué has encargado estos pasteles para Halloween?
—¡Que yo no he sido!
—¿La tal Lauren quiere sabotear la fiesta?
—¡No, idiota, ella tampoco ha sido! ¡Los pasteleros han metido la pata y no quieren reconocerlo! ¡Y no sé qué voy a hacer, Mickey! ¡No puedo sacar esos pasteles ahí afuera! ¡Me echarían de patitas a la calle! ¡Dios, qué bochorno!

De repente, me falta el aire. Tomo asiento sobre la mesa, justo al lado de esos pasteles tan bonitos, y aprieto los labios, enfadándome.

—¡Maldito el jefe y su jubilación! ¡Esto es culpa suya! ¿Por qué no puede organizarse él solo su jodida fiesta?! ¡No, tiene que liarnos a todos!

—Me da la impresión de que estás un poco enfadada.

—¡Él, con su disfraz de Julio César, como si fuera el dueño del universo, con esos aires de superioridad, con esa mirada de *yo mando y tú no*! ¡Le daría una patada en las pelotas, Mickey, a él y al nuevo que ocupará su puesto, quien quiera que sea!

—A lo mejor el nuevo no es tan malo.

—¡Todos son iguales! ¡Te miran por encima del hombro dejando claro que son mejores que nosotros! ¡Por culpa de su enorme ego estoy a punto de que me dé un síncope! ¡La fiesta debe salir perfecta, hay que lamerle el culo para conseguir un ascenso, y si por él fuera nos deshidrataríamos en las oficinas porque no nos da ni agua! ¡Ah, pero para esta despedida de los cojones, dinero a mansalva!

—Emma, respira —dice, apoyando una mano en mi hombro.

Cuando levanto la cabeza, el rostro amigable de Mickey logra que sienta una vergüenza enorme de toda la retahíla que acaba de vomitar mi boca.

—Lo siento. —Suspiro—. Tú no tienes la culpa de nada, no tendría que haberme puesto así, pero es que esto no me...

Las palabras mueren en mis labios cuando noto que algo blando y mojado me golpea en la mejilla.

Con los ojos muy abiertos, sin creer lo que acaba de ocurrir, me paso una mano por el moflete manchado de merengue rosa.

Drácula se está descojonando.

—¿Acabas de lanzarme un trozo de tartaleta?

—De merengue. Pero si quieres un trozo no tienes más que pedirlo. —Coge la tartaleta entera y me la lanza, terminando esta estrellada sobre mi cabeza.

—¡Mickey! ¿Qué cojones haces?!

—Son demasiado bonitas para Halloween, ¿no te parece? Yo creo que no va a pasar nada si las destrozamos un poco. Irán mejor con la temática.

—¿Y por qué me la tiras a mí, imbécil?! —Cojo otra de las tartaletas y meto la mano en

todo el merengue para lanzárselo ahora a él. Mickey lo esquivo como si nada y sigue mirándome con cara de chulo.

—¡Has fallado, señorita Picasso!

—¡No me toques la moral!

—Que no te toque, ¿qué? —Me lanza merengue de otra de las tartaletas, dejándome ciega durante unos segundos.

—¡Oh, Michael Jackson, te vas a enterar!

Es lo que faltaba para que estalle la guerra. El cuartito se convierte en una batalla campal en toda regla. El merengue vuela por todos lados.

Mickey y yo buscamos posiciones estratégicas para intentar pringar el otro, y vaya si lo conseguimos.

Pasados diez minutos, el desastre que hay a nuestro alrededor no es ni medio normal, parece que nos hemos bañado en merengue.

Acabamos muertos de risa, corriendo para intentar pillar al otro y con la ropa y el rostro casi irreconocibles.

—Menudo desastre has armado, estarás contenta —comenta sin dejar de reír.

—¡Y la culpa será mía, idiota! —Le lanzo una última catapulta de merengue, que impacta y le cae directamente en el cristal derecho de sus gafas—. Has empezado tú. —Mickey se limpia las gafas de mala manera y, cuando se las vuelve a poner, suelto una carcajada, porque parecen de cristal opaco y no debe de ver nada. Miro a mi alrededor y la imagen que tengo ante mis ojos no es nada halagüeña: desastre por todos lados, merengue hasta en el techo, tartaletas destrozadas —. Esto ya sí que no tiene arreglo.

—Pues yo creo que ahora están mucho mejor. —Abre una de las bolsas que han dejado los pasteleros y saca el sirope de cereza—. ¿Les echamos un poco por encima como si fuera sangre?

—Venga, peor no pueden quedar ni de broma.

Entre los dos, vertemos un poco de sirope en cada pastelito y, cuando contemplamos el resultado, nos da la risa de nuevo.

—Espero que al menos estén buenos.

—Yo no cantaré victoria tan pronto. Parece que esta noche estoy gafada. —Tomo asiento sobre la misma mesa donde están los pasteles y veo que Mickey hace lo mismo, sentándose muy cerca de mí, con su inimitable sonrisa en los labios y los ojos fijos en mi rostro, que entre el merengue y el maquillaje de colores tiene que ser un verdadero cuadro, y no de Picasso.

—¿Por qué dices que estás gafada? Hemos podido solucionar los contratiempos.

—Pues menos mal que estabas aquí, porque yo sola hubiera colapsado, no sé si te habrás dado cuenta.

—Me hago una ligera idea. —Ríe.

—Pero es que aquí no acaban los problemas. También tengo que impedir que mi hermana cante esta noche delante de todos. Porque canta mal, muy mal.

—Eso no es tan difícil.

—Ya, para ti. No sabes lo ilusionada que está Penny. Lleva ensayando una puta semana para esta noche.

—¿Por qué no le dijisteis desde el primer momento que no?

—Lauren no supo negarse y...

—¿Otra vez Lauren? ¿Estás segura de que tu amiga no quiere boicotear la fiesta?

—Seguro. Es una buena tía y ha trabajado muy duro para que salga bien. No sé quién está haciendo esto, pero no ha sido ella.

—¿Quién puede ser el culpable?

—Es una mujer, eso seguro. Los pasteleros me dijeron que *ella* encargó las tartas de recién nacido.

—¿Conoces a alguien del trabajo que pudiera hacer algo así?

—Podría ser cualquiera. Toca esperar y que ella misma se delate, porque los culpables acaban delatándose.

Mickey sigue contemplándome fijamente, con aspecto relajado y muy sexi. Sus ojos pasean desde mis pupilas a mi boca, y me estoy poniendo un poco nerviosa, lo reconozco.

—¿Qué? ¿Qué miras?

—A ti.

—Debo de ir perdida de merengue.

—Los dos lo estamos, más bien.

—¿Entonces?

—Siento curiosidad.

—¿De qué?

—De ti. Apenas te conozco, pero podría quedarme hablando contigo días enteros.

—Eso es porque eres muy mono, Mickey.

—¡Joder, no, cállate! —Me da un empujón y yo me río con ganas.

—En serio, ¿qué problema tienes con ser mono?

—Pues que no lo soy, ese es el único problema.

—Esa opinión no depende de ti. Y, según la mía, tienes todas las papeletas para ser el tío más mono que he visto en mucho tiempo.

—Sí, claro.

—Pues sí. Tu forma de sonreír es muy mona, y cuando te recolocas las gafas, y cuando levantas las cejas si algo te asombra.

Mickey empieza a sonreír todavía más. Él jamás va a admitirlo, pero le gusta que lo considere mono, a mí no me engaña.

Apoya las manos sobre la mesa, inclinando su cuerpo un poco hacia atrás, y me contempla de arriba abajo.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—Que me provocas mucha curiosidad.

—¿Eso es malo?

—No, no lo es. —Se muerde levemente el labio inferior y mi estómago vuelve a dar una voltereta—. Háblame de ti, Emma.

—¿Qué... quieres saber?

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en la empresa?

—Oh..., pues unos cuatro años, justo después de acabar la carrera.

—¿Te gusta, te tratan bien?

—Me gusta y me tratan bien. Mis compañeros son la caña —admito—. A pesar de ser una empresa grande, es bastante familiar. Además, mis hermanos también están en plantilla, y quieras que no es un plus.

—¿Te refieres al hermano al que llevas toda la noche buscando y a la cantante que no va a poder cantar?

—Correcto. ¡No te rías! —Pongo los ojos en blanco y le golpeo suavemente el hombro con la palma de la mano—. ¡Mickey, no te rías!

—No lo puedo evitar, es la fiesta de Halloween más divertida en la que he estado.

—¿En serio? ¿Te parece divertido pasarte la noche escuchando mis lamentos, con merengue hasta en las orejas?

—Totalmente. Bailar y emborracharse con los demás está sobrevalorado. Eso lo puedo hacer cada año.

—Pues yo daría un pie por despreocuparme de todo y hacer la loca con ellos.

—Entonces, saca los pasteles y despreocúpate.

—Como si fuera tan fácil. Todavía falta que llegue la *drag queen* y luego tengo que soltar los globos. —Señalo todos los globos negros de nuestro alrededor.

—Eso es pan comido, Emma.

—Eres muy optimista.

—¿Por qué no serlo?

Lo miro con una mezcla de curiosidad y excitación. Mickey ha acabado siendo toda una sorpresa. Si no fuera porque con el agobio casi me da un patatús, podría asegurar que me alegra haberme confundido de vampiro y haberlo arrastrado conmigo para solucionar los problemas de la organización.

—¿Y qué hay de ti, Michael Jackson? ¿Cómo es que no te había visto nunca en la empresa?

—Puede decirse que soy relativamente nuevo.

—Y trabajas en el almacén, ¿verdad? —Él se encoge de hombros—. Si lo hicieras en las oficinas, te habría visto antes. Nunca olvido una cara. —Y si encima es la cara de un tío bueno, aún menos.

—Yo tampoco, y mucho menos cuando eres la culpable de que tenga merengue hasta por detrás de las orejas.

—¡Tendrás cara!

—¿Sabes una cosa, Emma? —Alarga la mano y me quita un poco de merengue de la mejilla para luego lamerse el dedo despacio, sin que sus ojos se despeguen de los míos—. Creo que me va a gustar trabajar en esta empresa.

Joder.

Me ha puesto a mil.

¿Qué acaba de pasar?

Me quedo momentáneamente petrificada, viendo cómo se chupa el dedo, notando que un ardiente fuego me baja por el estómago y se aposenta en mi vagina.

Tiene que ser verdad que no soy un cuadro de Picasso, porque los cuadros no se ponen cachondos y yo estoy ahora mismo a punto de derretirme.

Nerviosita perdida, me levanto de la mesa y pongo distancia entre ambos, porque se me va a salir el corazón.

—Esto..., yo... Creo que debería ir sacando los pasteles para que la gente se los coma. O lo que queda de ellos.

—¿Vas a salir así? ¿Llena de merengue? —Mickey también se levanta de la mesa.

—¿Y qué voy a hacer? Es la hora de los postres. Ya me limpiaré cuando termine. Si encuentro a mi hermano, puedo pedirle la llave de su coche, allí tengo ropa para cambiarme.

—Yo me ocupo, tú aséate.

Me da la risa al verlo.

—Pero si vas peor que yo.

—Llevo ropa debajo del disfraz. —De inmediato, se desata la capa, que cae al suelo pringada hasta arriba, y se quita la túnica pasándosela por encima de su cabeza.

Me muevo inquieta, porque tengo la sensación de estar presenciando el mejor estriptis del siglo. Pero, aunque me habría gustado ver qué hay debajo, Mickey va completamente vestido bajo su disfraz.

Lleva un jersey fino de color crudo, bajo el que se puede adivinar un cuerpo musculoso, y unos tejanos que le quedan como un guante.

¡Madre del amor hermoso, cómo está este hombre!

—¿Hay agua por aquí? —pregunta.

Eso digo yo, ¿dónde hay agua para estos calores?

—Al... Al fondo de la sala hay un grifo, creo.

Mickey desaparece unos segundos, y, al regresar, su rostro ya no está cubierto de pintura blanca ni de merengue.

El único rastro del disfraz de Drácula son unas pequeñas marcas de pintura blanca en las sienes y en el cuello. Y sin todo ese maquillaje, todavía es más guapo.

—Listo. Ve a asearte, Emma, yo me ocupo de sacar los pasteles.

4

Michael Jackson, además de estar más bueno que un queso y ser monísimo, es un tío muy majo.

Se ha quedado haciendo mi trabajo para que yo pueda cambiarme y volver a ser una persona como las demás, sin merengue en la cabeza. Y lo mejor de todo es que lo ha hecho por su propia iniciativa, no he tenido que coaccionarlo ni nada de eso, como siempre hago con Ben.

Salgo del cuartito intentando camuflarme con las sombras de la sala, por donde las luces apenas iluminan, no quiero que me vean de esta guisa por nada del mundo. Aunque, viendo el estado en el que está la gente, dudo mucho que alguien me reconozca. La mayoría lleva una cogorza de tres pares de narices, y eso que todavía es muy pronto.

Fijo la mirada en mis compañeros, buscando a una persona en particular y, casualidades del destino, resulta que la encuentro en un santiamén. Y las ganas de retorcerle el cuello se vuelven asesinas.

Hablando de mi hermano... El cabronazo está a un lado de la pista dándose un morreo con Cruella de Vil. ¡Este se va a enterar!

Me acerco a ellos decidida, agarro a mi hermano por el hombro y lo separo de ella de un tirón.

—¡Benjamin Anthony Brown! ¡Te parecerá bonito haberme dejado sola toda la jodida noche!

—La que faltaba —resopla, poniendo los ojos en blanco.

—¡¿Cómo que la que faltaba?! ¡Eres un gilipollas y un... un... desconsiderado!

—Emma, no tengo ganas de sermones, ¿vale?

—¡Tenías que ayudarme!

—¡Y es lo que he intentado hacer! —De repente, mi hermano mira a Cruella para pedirle que aguarde un poco, pero ella acaba de irse y cruza la pista de baile mezclándose entre la gente.

Le veo las intenciones, así que lo sujeto del brazo.

—¡No vas a marcharte hasta que acabe contigo!

—¡Joder, Emma, dame un respiro!

—¿Respiro? ¿Por qué? ¿Qué coño has hecho esta noche para que necesites un respiro? ¿Morrearte con esa e ignorar a tu hermana?

—¡No te he ignorado, ¿vale?! ¡Ha sido una causa de fuerza mayor!

—Sí, claro, ahora se le llama así —me burlo.

—¡Ya vale! ¿Qué cojones quieres? ¿Vas a estar dándome el coñazo mucho tiempo?

—Lo que quiero son las llaves de tu coche.

—¿De mi coche? ¿Para qué? —Nada más decir eso, se da cuenta de todo el pringue que llevo encima y frunce el ceño—. ¿Y tú qué coño has estado haciendo?

—Siendo responsable.

—¡No vas a entrar en mi coche así! ¡Que lo limpié ayer!

—¡Tengo que cambiarme de ropa!

—¡Pues pillá un taxi y regresa a casa!

—¿Y te vas a ocupar tú de la organización lo que queda de noche?

Le cambia la expresión de repente. Eso de apechugar no le ha gustado nada, y se le nota. Él prefiere eso de seguir morreándose con su Cruella.

Da un resoplido, dejándome claro que no le gusta lo que va a hacer, y se mete la mano en el bolsillo para sacar las llaves.

—¡Toma, pero como me lo manches, lo limpias con la lengua!

—Sí, sí, sí —digo aburrida.

—¡Y no subas los pies al salpicadero!

—¡Que sí! —Antes de irme, lo miro por última vez—. ¡Y cuando vuelva, quiero verte esperándome aquí mismo porque vas a ayudarme lo que queda de noche! ¡¿Entendido?!

Creo que lo oigo llamarme muermo antes de dar media vuelta. O sea, ¿muermo yo? ¿Me está llamando muermo el mismo tío que se pasa las horas muertas pegando tiros en un jueguecito de ordenador?

Flipante.

Salgo a la calle y el fresquito de la noche me eriza la piel. Al llegar al coche de Ben, abro directamente el maletero, donde tengo mi ropa guardada. ¡Y luego dice mi hermano que su coche no es un armario y que la ropa no hace nada aquí! ¡Pues toma! ¡Me va a salvar de un apuro!

Me acomodo en el asiento trasero para cambiarme. Cojo mi falda negra de polipiel y una camiseta blanca desmangada, y me quito el vestido y las medias manchados.

Me miro en el espejo retrovisor y hago una mueca de asco al ver mi cara. Entre el maquillaje y el merengue, parezco un monstruito, así que, con agua de una botella que hay por aquí y un trozo de tela del vestido que no lleva merengue, me quito todo ese pringue.

Bueno, todo, todo no puedo. Los milagros a Lourdes, porque sin desmaquillante mi cara todavía conserva un poco de pintura blanca, amarilla y verde. Pero al menos ya parezco otra cosa.

Lo que está insalvable es mi pelo.

Parece una masa pastosa que no puedo arreglar ni con toda el agua que queda en la botella, así que hago lo único que se me ocurre: cojo un gorro de lana que Ben tiene en la guantera, con la bandera de los Estados Unidos impresa en el tejido, y me lo pongo, tratando de disimular el desastre.

Antes de salir del coche, recuerdo que no he informado a Lauren de que todo está controlado de nuevo, así que saco el móvil (aunque no lo va a leer):

Emma:

Hemos arreglado el desastre de
los pasteles y la tarta.

La fiesta sigue controlada.

Emma:

No, en serio, Lau, ¿nunca has visto
a Michael Jackson por la empresa?

Te juro que ese tío es increíble.

Emma:

¡Me está ayudando con todo!

¡Y no lo he obligado!

Bueno, puede que al principio
sí lo obligase un poco cuando lo confundí

con Ben, pero ahora lo ha hecho porque él ha querido. ¿Verdad que es acojonante?

Cierro el coche de mi hermano con llave y vuelvo a la fiesta. Son las diez y cuarto, y la *drag queen* no tardará en llegar.

Cuando voy a buscar a Ben, ya no está en el mismo lugar donde lo dejé hace un momento. Ha desaparecido, ¡y a mí me entra una mala leche de campeonato!

No, en serio, ¿cómo es posible que ese descerebrado irresponsable sea hermano mío? ¡Se larga cuando más lo necesito! ¡Tendría que haberle dejado el coche hecho unos zorros con el merengue, se lo merece!

Regreso al cuartito con los labios apretados por la mala leche que llevo encima, y buscando a Ben mientras cruzo la pista de baile, no te vayas a pensar, pero, como lleva ocurriendo desde que llegamos, parece haber desaparecido de nuevo. ¡Cabrón!

Antes de cruzar la puerta, Mickey aparece de repente y me coge de la mano, arrastrándome dentro.

—Emma, tenemos un problema.

—¡No me digas eso, te lo suplico!

Gira la cabeza para mirarme y lo que reflejan sus ojos hace que me ponga a temblar.

—Ojalá no tuviera que hacerlo.

—¿Es la *drag queen*? ¡¿No va a venir?!

—Está aquí.

—Ah, entonces tampoco puede ser malo, ¿no?

—No lo sería si supiéramos hablar alemán.

—¡¿Cómo que alem...?! ¡Mickey, ¿te estás quedando conmigo?!

—Lamentablemente, no.

La *drag queen* está retocándose su exagerado maquillaje frente a un espejo de mano que ella misma ha traído. Lleva unas plataformas altísimas, un vestido rojo de lunares, rollo años cincuenta, y una peluca rubia larguísima adornada con un lazo de la misma tela que el vestido.

Y yo aprieto más fuerte la mano de Mickey, porque si lo que acaba de decirme es cierto, creo que voy a ponerme a gritar a pleno pulmón.

—Ho... Hola, soy Emma —me presento educada—. ¿Sabe hablar mi idioma?

—*Gib mir das parfüm, liebes* —responde con parsimonia, alargando una mano y moviendo los dedos como si quisiera algo.

Me apoyo en Michael y él me mira tranquilizador, intentando darme ánimos, unos ánimos que no me sirven de nada, porque la verdad es que tenemos otro problemón encima.

—¿Inglés? —insisto suplicante a la *drag*, que sigue erre que erre con el maquillaje—. Por favor, dime que sabes algo de inglés.

—*Bitte geben sie mir das parfüm, damit ich rechtzeitig fertig werden kann.*

—¡Joder! —exclamo entre dientes—. ¡Mickey, joder, joder, joder!

—Lo sé.

—¡Tiene que hacer un número cómico! ¡¿Cómo va a hacer un puto número cómico en alemán si nadie la va a entender?!

—¿Tienes el número de teléfono de la empresa donde tu amiga la contrató?

—¡No!

—Espera, lo volveré a intentar —comenta sin soltar mi mano en ningún momento, y da un

paso hacia la *drag queen*, que ya nos mira raro—: Señora, ¿puede darnos el número de su agencia? —Mickey se pone la mano a modo de teléfono en la boca—. ¡Te-lé-fo-no!

La *drag* se ríe entre dientes y niega con la cabeza, coqueta.

—*Ich bin verheiratet, schatz.* —Y vuelve a reírse.

—¡Mierda, no entiende ni papa!

—Necesito alcohol, Mickey, necesito algo fuerte, porque esto ya es demasiado.

—No, Emma, escúchame. —Abarca mis mejillas entre sus manos y acerca su cara a la mía—. Lo vamos a solucionar, ¿vale?

—¿Cómo?

—No lo sé. ¿Conoces a alguien que hable alemán?

—No, no conozco a... ¡Espera, sí! ¡Brian, el de seguridad! —exclamo esperanzada—. ¡Siempre se chulea de que su madre es alemana, de lo bonita que es la vieja Europa, y todo eso! ¡Él podrá ayudarnos!

—Ve a por él, aquí os espero.

Cuando digo que esta noche voy a correr más que en la maratón de Nueva York, no exagero. He perdido la cuenta de las veces que he recorrido la pista de baile a toda leche buscando algo, o a alguien, mejor dicho.

Mientras busco a Brian, saco el teléfono móvil del bolsillo y escribo tan rápido que mis dedos parecen volar sobre el teclado:

Emma:

¡Tía, la *drag queen* es alemana!
¿¿Dónde coño la has contratado?!

Emma:

¡Si esto es alguna clase de venganza
por algo que te he hecho, eres muy cabrona!
Te odio.

Emma:

¡No te odio, no me hagas caso!
Esto no es cosa tuya.
Lo sé.

Emma:

Lauren, ¿qué está pasando esta noche?
¿Con quién te has peleado para
que se tomen tantas molestias
en joder todo lo que has planeado?

A lo lejos, veo a Lucy, la de contabilidad, que si la memoria no me falla ha estado toda la noche con Brian. Pero ahora está sola, de él ni rastro.

Voy directa hacia ella para preguntarle por su paradero (y como me diga que acaba de irse a casa, no respondo de mis actos). Es imposible tener tan mala suerte.

Cuando estoy a punto de llegar a su lado, unos brazos rodean mi cintura y me detienen de

golpe.

—¡Emma! ¡Espera un momento, tengo algo que decirte!

—¡Ahora no, Penny!

Mi hermana me mira con ojitos de cordero degollado y yo sé el motivo: su puñetera canción.

—¿Cuándo es mi turno?

—¡Penny, por favor, tengo cosas más importantes que solucionar!

—¿Por qué te has quitado el disfraz?

—Es una larga historia.

—Pues qué pena, eras un cuadro muy chulo.

Vale, ahora la que flipa soy yo. De todas las personas de la fiesta, mi hermana es la única de la que no esperaba esto.

—¿Sabes de qué iba disfrazada?

—Vamos, Emma, ¿por quién me tomas? ¡Pues claro! El colorido, las formas, todo.

—Creo que voy a llorar.

—He visto ese cuadro miles de veces por la tele. ¡Es muy gracioso! ¡Parece que está asustado!

—¿Asustado?

—Sí, mujer, ya sabes, ese que parece que grita. ¡*El grito*, eso es!

—¡Penny, era un Picasso, no un Munch! ¡Pi-ca-ssó! ¡Los colores, las formas geométricas, las asimetrías, las...! ¡Oh, déjalo!

—Bueno, ¿qué más da? El arte es todo muy parecido.

—Voy a hacer como que no he escuchado eso. —Miro mi reloj y me entra el agobio otra vez—. ¡Tengo prisa!

—¡Pero mi actuación...!

—¡Luego!

—¡¿Cuándo es luego?! ¡Tengo que calentar la voz!

—¡Luego, Penny!

—¡No, dime una hora! ¡Ya está bien de...!

—¡Nunca! —gritó perdiendo los papeles, explotando, estallando, detonando toda mi frustración—. ¡No vas a cantar, así que quítate la idea de la cabeza!

—¿Qué coño dices, Emma? Lauren me dijo...

—¡Lauren no supo cómo negarse!

Ella da un paso hacia atrás y me mira con decepción. Y me jode. Me jode mucho porque mi hermana no se merece esto.

—Genial. —Me mira de arriba abajo una última vez y da la vuelta, perdiéndose entre toda la gente.

Estoy a punto de ir tras ella, pero el deber y la responsabilidad porque todo salga bien pueden conmigo.

Resoplo con fuerza y sigo mi camino hasta que me planto delante de Lucy, que baila a más no poder con una bebida en la mano.

—¡Eh, Lucy!

—¡Emma! —grita eufórica y me abraza. La tía huele a alcohol que tira para atrás—. ¡Baila conmigo!

—¡No, no puedo! ¿Dónde está Brian?

—¿Por qué? ¡Yo bailo mejor que él!

—¡No voy a bailar con nadie! ¡¿Dónde coño está Brian?!

Ella pone los ojos en blanco y señala hacia un rincón de la sala, donde un bulto enorme disfrazado de hombre lobo duerme la borrachera tirado en el suelo.

—Ha bebido mucho.

—¡Joder...!

Corro hasta él y le doy varias palmaditas en las mejillas para que se despierte.

—¡Brian, abre los ojos! ¡Abre los malditos ojos! ¡Te necesito!

—No es hora de ir a trabajar —responde arrastrando las palabras—. Quiero bailar.

—¡Levanta, vamos! ¡Tienes que ayudarme!

No es por nada, pero levantar un peso muerto es lo más difícil que he hecho en mi vida, porque el tío no colabora ni un poco, que digamos.

Pero saco fuerzas de donde puedo y lo guío hasta el cuartito.

Mickey me ayuda a transportar a Brian en cuanto aparecemos y lo acomodamos sobre una de las sillas, donde el de seguridad vuelve a cerrar los ojos y a dormir la mona.

—¡Está superborracho, Mickey!

—Vamos a intentar que vuelva a despertarse.

Nos colocamos frente a él, y la *drag* también lo hace, curiosa.

Michael y yo lo zarandeamos y le hablamos para que se despierte, pero Brian hasta ronca.

—¡*Nein, nein, nein!* —exclama la *drag*, apartándonos de él—. *Lassen sie mich.*

No entiendo nada, pero creo que quiere que le dejemos a ella intentarlo. Si encima es maja, la pobre.

Saca una botella de agua de su bolso y la vacía entera sobre la cabeza de Brian, quien abre los ojos de inmediato y lanza un grito, alarmado.

Cuando fija la mirada en la *drag queen*, Brian sonríe atontado.

—Cásate conmigo, bella mujer —dice arrastrando las palabras.

—¡De eso nada, Casanova! —me inmiscuyo, zarandeándolo—. Aquí nadie va a casarse con nadie. Tienes que ayudarme.

—Me... da todo vueltas.

Y se le cierran los ojos, pero no dejo que vuelva a dormirse, porque lo zarandeo de nuevo.

—Brian, mírame a mí y escucha con atención: ella es la *drag queen* que tiene que hacer un número cómico en la fiesta, pero no nos entiende porque solo habla alemán.

—¡Yo sé alemán!

—Por eso te he traído. Pregúntale qué hace aquí, porque dudo mucho que Lauren haya contratado a una alemana apostá.

Brian mira de nuevo a la *drag* y se pelea consigo mismo para no quedarse dormido una vez más.

Lo escuchamos hablar alemán, así que miro a Mickey algo más tranquila y él me sonríe.

—Dice que ella no tenía que venir esta noche —comienza a relatar Brian, aunque le cuesta la vida no acabar de boca en el suelo—. Dice... Dice que ella solo había venido a traer a su amiga, pero que en la puerta alguien les ha pagado para que cambiasen el papel.

—¿Pagado? —lo interroga Michael tan atónico como yo—. ¿Se han tomado la molestia de pagar para que la fiesta no salga bien?

—Brian, pregúntale quién ha sido.

Poco después el guardia de seguridad vuelve a responder:

—Dice que era un hombre, y no se ha fijado mucho en él.

—¿Un hombre?! ¡¿Ahora un hombre?! ¡

—Esto es una emboscada en toda regla, Emma —comenta Mickey entrecerrando los ojos—.

Hay alguien que no quiere que esta fiesta salga bien bajo ningún concepto.

—Brian, escúchame —continúo, aunque las palabras de Mickey me han dejado todavía peor cuerpo—. Dile a la *drag* que su compañera debería estar aquí en lugar de ella, porque aquí nadie sabe alemán.

Mientras habla con ella, la cara de la *drag queen* cambia de repente. Parece tan preocupada como nosotros.

—*Mein Gott!* —Sí, *Dios mío*. Hasta yo la he entendido. Ella nos mira a todos, inquieta, y se pasa una mano por la peluca—. Em... yo..., *Scheiße!* Yo... no... hablar... inglés.

—Nos ha quedado claro —responde Mickey, poniendo los ojos en blanco.

—Brian, dile si puede improvisar algo, lo que sea, ¡algo donde no tenga que hablar!

—Dice que puede hacer un número musical. Solo baile.

—¡Sí, perfecto! —exclamo, quitándome un gran, pero gran gran peso de encima—. Que sea un baile, entonces.

5

En la sala, nuestros compañeros jalean y aplauden a la *drag queen* que, aunque no ha abierto la boca en todo el espectáculo, es tan buena que todos la miran anonadados. Es divertida, canalla y con un toque picarón que hace que nos riamos a carcajadas.

Apoyados contra una de las paredes más alejadas, Mickey y yo sonreímos relajados, por fin. Ha costado, pero al final hemos salido airosos.

Cuando termine el número de la *drag*, solo quedará seguir con la fiesta hasta altas horas de la madrugada, si es que alguno logra mantenerse en pie, ¡porque mira que van perjudicados por el alcohol! Son apenas las once y veinte, y la mitad de nuestra empresa camina dando bandazos. Podrían hacer de extras en una nueva versión del vídeo *Thriller* de Michael Jackson, el cantante, claro.

Aunque, en realidad, me da absolutamente igual, porque mi atención está puesta en otra parte. A pesar de que el número es buenísimo, mis pupilas parecen ir por su cuenta y se pasean por Mickey. De arriba abajo, de abajo arriba.

Es perfecto y guapísimo por donde lo mires, y aunque me esfuerzo en dejar de mirarlo, acabo rindiéndome, porque no hay manera. No obstante, pongo todo mi empeño en ser lo más disimulada posible y que no me pille babeando a su lado.

Tiene un perfil bonito, una nariz patricia preciosa y un cuerpo que no es ni medio normal de lo bueno que está.

De repente, vuelve el rostro para mirarme, y yo aparto los ojos a toda leche, fijándolos en la *drag queen*.

Se acerca un poco a mí y me susurra al oído:

—Lo está haciendo de puta madre, ¿verdad?

—Ajá. —Contengo la respiración al notar un cosquilleo en mi oreja cuando su aliento choca contra ella—. Mejor de lo que pensaba. Es toda una profesional y no se nota nada que no sabe el idioma.

—Otro problema que hemos solucionado.

—El último, espero. —Nos miramos a los ojos y nos sonreímos—. Y ya eres libre, Mickey. No tienes que quedarte aquí, vuelve con tus amigos a pasártelo bien.

—¿Me estás echando?

—¡No, idiota, no te estoy echando! —Le doy un pequeño empujón con el hombro—. Solo digo que aproveches y vayas a divertirte.

—Llevo toda la noche haciéndolo, Emma.

—Sí, claro, tener al lado a una tía histérica es la mar de divertido.

—No eres una histérica, sino responsable. Y tu amiga tiene mucha suerte de tenerte a su lado.

—No va a tener tanta suerte cuando la vea, porque pienso cobrarme esto a base de bien. Ha sido una nohecita... para olvidar.

—Conque para olvidar, ¿eh? Gracias por la parte que me toca, simpática. —Ahora es él quien golpea mi hombro.

—¡No lo digo por ti!

—¿No lo dices por mí, y me echas?

—¿De verdad quieres quedarte conmigo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque para eso estamos los nuevos amigos, ¿no? —Sonríe, mira mis labios, luego mis ojos y otra vez mis labios—. Y porque todavía no sé cómo es bailar con un cuadro de Picasso.

—Con mucho arte, por supuesto —bromeo.

—Eso vas a tener que demostrármelo.

—Solo hay un pequeño problema.

—¿Cuál?

—Que ya no soy un cuadro de Picasso. No sé si te has dado cuenta, pero llevo un buen rato sin el disfraz. —Señalo mi ropa.

—Tengo ojos en la cara, Emma. —Acerca de nuevo su boca a mi oído—. Con o sin él, eres una chica preciosa con la que tengo muchas ganas de bailar.

Preciosa.

Acaba de decir que soy preciosa.

Él.

Michael Jackson.

Se me calienta la piel de las mejillas, las piernas, ¡todo! ¡Incluso la raíz del pelo!

Y no puedo dejar de mirarlo.

Ninguno de los dos podemos, de hecho, porque tenemos los ojos fijos en los del otro, mientras una fuerte agitación nos invade enteros.

Mickey me aparta un mechón de pelo que cae cerca de mi cuello y acaricia con el pulgar esa piel tan sensible, despacio, suave, ascendiendo hasta casi rozar mi oreja.

Pero los aplausos y los gritos nos sacan de esa especie de trance, porque la *drag queen* acaba de terminar su actuación.

Rompo el contacto visual y aplaudo yo también, muy nerviosa, con la respiración agitada.

La música a todo volumen comienza a sonar y todos bailan de nuevo. La *drag* alemana pasa por delante de nosotros y se despide con una graciosa reverencia, y es entonces cuando me acuerdo de algo.

Lauren.

—¡No, joder, Lauren! ¡No he avisado a Lauren de que todo ha salido bien!

—Avísala.

—Tengo el teléfono en el cuartito, con los nervios se me olvidó allí.

Mickey no dice nada, pero cuando empiezo a andar viene conmigo. Y a mí me parece bien. Muy bien, de hecho. *Cojonudo* sería la palabra adecuada. Es como si fuera lo más natural del mundo que ese tío bueno me acompañe a todos lados. Podría llegar a acostumbrarme.

Mi teléfono está sobre la mesa, en un hueco sin manchas de merengue. Lo cojo y escribo rápido:

Emma:

Todo OK.

La *drag queen* ha estado fabulosa,
aunque no haya hablado en toda
la actuación.

Emma:

Pero, Lauren, debes de caerle fatal
a alguien. Se han tomado
muchas molestias para que la
fiesta sea un desastre.

Emma:

¿Le debes pasta a algún mafioso?
¿Te has peleado últimamente con tu exnovio?
¿Te has liado con el marido de alguien?

Emma:

Menos mal que Michael ha estado
conmigo en todo momento.
De verdad, no sé lo que hubiera hecho
sin él, porque Ben lleva toda
la noche ignorándome y jugando al
escondite con Cruella de Vil.

Hablando de Michael, cuando vuelvo a dejar el teléfono sobre la mesa, él me mira con una
sonrisilla en los labios con la que se me derrite hasta el gorro sobre la cabeza.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así? —Sí, es una pregunta manida y poco original, pero si
vosotras estuvierais en mi lugar, otro gallo cantaría, amigas.

—¿Susto o novio?

—¿Cómo? —Vale, me acabo de quedar loca.

—¿Susto o novio?

—Así no es, es *truco o trato*.

—Es mi juego, son mis reglas. Contesta, Emma: ¿Susto o novio?

—Joder, pues... ahora mismo susto, porque vaya una nochedita terrorífica de Halloween
llevamos.

—Ummm... ¿Seguro? ¿De verdad quieres susto?

—S... Sí.

—Vale, como quieras: ¿tienes novio?

—¡Eh, espera! ¡He dicho susto, no novio!

—¡Mi juego, mis reglas! —repite con una sonrisa canalla—. Responde: ¿tienes novio?

—No. —Yo también sonrío.

—Me alegro. —Da un paso hacia mí—. Ahora te toca a ti preguntar.

—Vale, ¿susto o novia?

—Yo tampoco tengo novia.

—¡Mickey, no has contestado...! —Pongo los ojos en blanco y río, porque no tiene remedio, y
porque me encanta que me deje claro que está libre y sin compromisos—. Tu juego tus reglas,
está bien. ¿Ahora toca que yo elija susto?

—No, ahora toca que bailes conmigo.

—¿Ya hemos dejado de jugar?

—Por el momento.

Sin esperar mi respuesta, él coge mi mano y me acerca a su cuerpo, para comenzar a bailar

juntos.

Suelto una carcajada nerviosa, apoyo los brazos en su pecho, que es tan fuerte y duro como parece.

—Mickey, está sonando *Thriller*, no es una canción para bailar pegados, que digamos.

—La música es lo de menos. Es un factor secundario.

—¿Secundario para bailar? —Enarco una ceja y mi boca se curva todavía más—. Y para ti, ¿qué es lo importante, si no es la música?

—La compañía.

—Pues espero ser una buena.

—Lo eres. —Rodea mi cintura con ambos brazos y se muerde el labio inferior al verme contener la respiración. Mickey y yo nos miramos a los ojos mientras nuestros pies se mueven al ritmo de... (no sé a qué ritmo se mueven, porque no es al de la música que suena en la sala, pero lo hacen sorprendentemente acompasados). Siento su calor contra mi pecho, su mirada en la mía. Las ganas—. Emma.

—¿Mmm...?

—¿Susto o pregunta personal?

—No voy a poder elegir, ¿verdad?

—No.

—Entonces, pregunta lo que quieras saber. No voy a salir corriendo.

—¿Eres de Montgomery?

—Ajá, nos mudamos desde Tennessee cuando tenía cinco años. A mi padre le ofrecieron un puesto en una empresa local.

—¿Vives con tu familia todavía?

—De momento.

—¿En qué parte de la ciudad?

—Cerca de Riverfront Park.

Mickey asiente con una sonrisa y aparta un mechón rebelde de mi cabello que me rozaba la mejilla.

—Conozco la zona, he paseado alguna vez por ese parque.

—¿No eres de aquí?

—Vine hace un año desde Phenix City.

—¿Por trabajo?

—Algo así.

—¿Viniste solo? ¿No tienes familia en Montgomery?

—Sí que tengo, a mis tíos maternos.

—¿Y te gusta la ciudad?

—Desde esta noche, me gusta muchísimo más.

—No me digas.

—Sí, y además, creo que a partir de ahora voy a tener una clara predilección por los cuadros de cierto artista.

—No sabía que a los vampiros os apasionara el arte.

—En algo tenemos que invertir el tiempo que pasamos metidos en el ataúd.

Ambos reímos y nos miramos a los ojos, en las pupilas de ambos hay un brillo muy especial.

—Emma —susurra, acercando su nariz a la mía.

—¿Qué?

—Voy a besarte, ¿vale?

—¿En serio? —digo casi sin voz, excitada.

—Llevo deseándolo desde que te has equivocado de vampiro y me has arrastrado a esta locura de noche.

—Aún estás a tiempo de recobrar la cordura.

—Lo sé, el problema es que no quiero hacerlo.

Sus palabras me provocan tal revuelo en el estómago que, movida por un impulso, soy yo la que lo besa.

Sí, yo también lo estaba deseando. Porque desde que lo he visto aparecer frente a mí con ese aburrido traje de Drácula, mi estómago ha estado saltando y brincando como subido en una cama elástica, porque sus labios me llaman, porque está tan bueno que me queman las manos de las ganas de tocarlo.

Y Mickey responde.

Responde a mi beso con una pasión tan desbordante que casi me corro del gusto cuando noto su lengua dentro de mi boca.

Hemos dejado de bailar. Estamos quietos, pegados como lapas, en medio de este cuartito lleno de merengue y trastos varios, comiéndonos la boca mientras nuestras manos se enredan desesperadas en el cuerpo del otro.

Huele tan bien...

Sabe tan bien...

Besa tan bien...

Los brazos de Mickey se pasean por mi cintura, la aprietan contra su torso y es entonces cuando siento en mi estómago su erección.

Joder. Está dura y enorme. Y yo me muero por tocarla. Estoy tan caliente que aunque la temperatura cayera veinte grados ni lo notaría.

Nuestros labios unidos juegan, se acarician, pelean por ser el que toma el control, es tan excitante que me siento completamente novata en esto del sexo. Y de novata nada, queridas, que una tiene su experiencia. Pero Mickey tiene algo que me desarma entera.

Sin poder aguantar las ganas, mis manos se introducen por dentro de su jersey y toco sus abdominales. Tiene muchos (abdominales, me refiero. Seguro que tiene abdominales en los abdominales). Tiene tantos que por un momento siento la curiosidad de contarlos, porque estar tan cuadrado y tan bueno no puede ser legal.

Despega su boca de la mía y me siento huérfana, pero pronto su lengua alcanza la fina piel de mi cuello y yo gimo cerrando los ojos con mucha fuerza.

Me aplasta el culo con sus manos, me muerde el cuello, me aprieta contra él. Estoy tan cachonda que mi mano baja por su estómago y le desabrocha los botones de los tejanos.

—Emma... —susurra despegando la boca de mi cuello para mirarme a los ojos. En los suyos también se refleja un fuego que lo quema todo. Me besa con fuerza mientras mis dedos se introducen dentro de su ropa interior—. Emma..., ¿seguro?

Asiento de inmediato sin articular palabra (básicamente, porque no puedo), y me lanzo de nuevo a sus labios.

Mickey gruñe de forma gutural y, rodeando mi cintura con ambos brazos, me alza en peso y me lleva detrás de un biombo que se encuentra colocado en un rincón del cuartito contra una de las paredes, porque desde nuestra antigua posición, cualquiera que pase por la puerta nos podría ver dándonos el lote.

Allí, a salvo de miradas inoportunas, nuestras caricias se vuelven todavía más audaces.

Las manos de Mickey exploran la piel de debajo de mi camiseta y encuentran mis pechos.

Los acaricia, oprime mis pezones, hace que me retuerza de deseo. Pero mis manos no se están quitas dentro de sus calzones, estoy disfrutando como una enana volviéndolo loco con mis dedos, escuchándolo gemir contra mis labios.

Su respiración es alta y agitada, casi tanto como la mía, y cuando subo la velocidad de los movimientos de mi mano, Mickey muerde mis labios y sus manos agarran mi falda de polipiel, subiéndola hacia arriba, dejando mis muslos y mis bragas al aire.

Me abre de piernas y es ahora cuando dos de sus dedos se cuelan dentro de ellas, alcanzan mi clítoris y lo frotan delicadamente, llevándome alto, tan alto que si no se detiene me correré en menos de un minuto.

—Michael... —susurro contra su boca—. Michael, Mickey...

—¿Sí?

—Espera.

Él se detiene de inmediato y me mira con la misma desesperación que se debe reflejar en mi rostro.

Le sonrío levemente y, tras darle un rápido beso en los labios, introduzco mi mano en el bolsillo trasero de la falda para sacar mi monedero. Busco algo en él y, cuando lo encuentro, se lo muestro con una sonrisilla pícara. Mickey coge el condón de mi mano y se lo lleva a la boca para abrirlo con los dientes.

—Estaba a punto de sacar el mío. Te me has adelantado.

—La próxima vez usamos tu condón.

—Dalo por hecho. —Arrasa mi boca con sus labios y aparta mis braguitas hacia un lado—. Vamos a necesitar unos cuantos, porque me pones muy cachondo, Emma.

Voy a responder, pero entonces empieza a penetrarme y las palabras se me desvanecen en los labios. Solo puedo sentir, abrazarlo fuerte y besarlo desesperada.

Joder, es tan bueno...

Su polla se abre paso lentamente, pero con una contundencia con la que me maravillo. Y cuando llega al fondo, creo que voy a explotar. Es perfecto, como si estuviéramos hechos a medida. Es flipante.

Sus movimientos empiezan lentos y suaves. Dentro y fuera, dentro y fuera. Para luego ir aumentando el ritmo, llevándonos a un estado de locura del que apenas somos conscientes, pues toda nuestra atención está puesta en el placer. En ese placer animal del que somos presos y que nos lleva de lleno a un orgasmo brutal, con el que nuestros gritos solo son silenciados por la boca del otro.

6

Todavía no estamos repuestos del orgasmo tan acojonante que acabamos de tener y nuestros labios ya están otra vez asaltando los del otro.

Nos acariciamos lento, sensual, provocando que el ardor vuelva a hacernos desear una segunda ronda de sexo y placer.

Mickey sigue aprisionándome contra la pared, y encantada, oye. Tan encantada que ni siquiera se me ocurre bajarme la falda, que se encuentra hecha un gurrúño a la altura de mis caderas. Ni me recoloco las bragas siquiera, ya que noto la mano de él muy cerca de mi vagina y me muero porque siga tocándome.

Me tiene atontada, entregada completamente. Nunca había tenido un sexo tan intenso y acojonante como este.

Mickey despegue levemente sus labios de los míos y me mira con una sonrisilla chulesca que logra que mis piernas tiemblen.

—Emma...

—¿Sí?

—¿Qué haces mañana?

La comisura de mis labios se alza irremediablemente.

—Todavía no nos hemos ido.

—Da igual, ¿qué planes tienes?

—No lo sé, ¿qué me propones?

—¿Puedo invitarte a cenar?

—Puedes.

—Y pasado mañana también.

—¡Oh, Mickey! —Río y lo golpeo suavemente en el pecho.

—¿Eso es un sí?

—Es un «sí te lo curras, puede ser».

—¿Y esta noche? —Él también sonrío de oreja a oreja.

—Esta noche, ¿qué? Mírame, me tienes aplastada contra la pared y a medio vestir.

—En algún momento tendré que soltarte.

—¿Y qué pretendes conseguir?

—Que te vengas conmigo.

—¿Adónde? ¿Quieres ir de puerta en puerta pidiendo caramelos?

—Quiero llevarte a mi casa. Desnudarte. Hacértelo en mi cama. Seguir bailando, pero con la música adecuada. Lamerte la piel hasta que se te quite el sabor a merengue.

—Tendrías mucho que lamer, porque me siento pegajosa.

—Entonces, nos lo vamos a pasar muy bien.

Nos miramos a los ojos y, sin poder evitarlo, nos echamos a reír. Mickey vuelve a besarme y yo enredo mis brazos alrededor de su cuello, respondiendo de buena gana.

El ambiente sigue caldeándose entre ambos y frota su polla, todavía enfundada en el condón, contra mi estómago. Está tan dura que parece mentira que hayamos echado un polvo hace unos minutos.

—Mickey, tenías razón —susurro contra su boca.

—¿En qué?
—No eres mono. No eres nada mono, de hecho, los tíos monos nunca me han puesto a mil ni follan como tú.
—Entonces, ¿qué soy?
—Mmm... Una bestia parda.
—Joder, eso tampoco me gusta, Emma.
—¿Nunca estás conforme con nada? —lo interrogo divertida.
—Estaría conforme si contestases a mi pregunta.
—Mickey, aunque quisiera, todavía no puedo irme contigo a tu casa. Tengo que soltar los globos, y voy tarde, para variar.
—Pues los soltamos y nos vamos.
—¿Vas a volver a ayudarme?
—¿Acaso lo dudabas?

Acabamos haciéndolo otra vez, y el orgasmo es tan increíble como el primero.
Después de recolocarnos la ropa y asegurarnos de que estamos decentes, salimos de detrás del biombo y contemplamos los globos, que siguen en su sitio, hinchaditos y perfectos a nuestro alrededor. Y menos mal, lo último que me faltaba es que la mano negra que ha intentado joder la fiesta los hubiera pinchado, o algo así.

—¿Cómo los soltamos? ¿Hay algún ventilador o algo para que salgan volando?
—Ni idea, en el *planning* de Lauren no pone nada. Así que supongo que podemos improvisar y hacerlo como queramos.

Mickey va a hablar, pero unas risillas cerca de la puerta captan toda nuestra atención.

Por ella acaban de entrar Ben y Cruella de Vil comiéndose los morros sin percatarse de que tienen compañía.

Y las ganas de retorcerle el cuello a mi hermano vuelven para quedarse, porque el cabronazo me ha estado evitando toda la noche.

¡Le parecerá bonito! ¡Él tan tranquilo de fiesta con su nueva amiguita y yo a punto de sufrir un paro cardíaco debido a los contratiempos!

Ben y Cruella parecen a punto de comerse, porque se muerden los labios y sus manos se toquetean como hace un momento lo hacíamos Mickey y yo.

¡Pero no, ni de coña!

¡Aquí estoy yo para cortarles el rollo y decirle cuatro verdades al irresponsable este!

—¡Te parecerá bien ser un hermano de mierda, Benjamin! —exclamo, poniendo los brazos en jarras.

Mi hermano y Cruella se separan de inmediato y se quedan mirándonos con los ojos muy abiertos, porque no esperaban compañía.

—¡Kimberly! —grita Mickey refiriéndose a Cruella, que se tapa la boca al encontrarse con él.

—¿La... conoces? —Vale, esto no me lo esperaba.

—Y tanto que la conozco, es mi prima. —Camina hasta ella y de un tirón le quita la peluca, dejando un maravilloso cabello rizado rubio platino a la vista—. ¡¿Qué demonios haces aquí?!

—¡No es asunto tuyo, Michael!

—¡Sabía que eras rubia! —exclama mi hermano con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡¿Que lo sabías?! —chillo yo también, que no pienso dejar pasar la ocasión de cantarle las

cuarenta—. ¡Tú lo que debías saber es que tenías que ayudarme, Ben!

—¡Y esa era mi intención!

—¡Me lo prometiste! —Mientras yo le grito a mi hermano, Mickey le grita a su prima (bueno, se gritan los dos, porque la tal Kimberly, anteriormente conocida como Cruella, no se queda corta), pero estoy tan enfadada con mi hermano que apenas presto atención a la discusión de los otros dos—. ¡He pasado una noche de agobios que no te imaginas, y si no llega a ser por Michael todo se habría ido a la mierda!

—¿Y a mí qué me cuentas, Emma?

—¡¿En serio?! —Estoy tan cabreada que lo primero que se me ocurre es lanzarle algo. Meto la mano al bolsillo de mi falda y le tiro las llaves de su coche, pero el cabrón es tan rápido que las coge al vuelo.

—¿Qué pretendes? ¿Que te pida perdón?

—¡Pues sería lo mínimo!

—¡Pues perdón, ¿vale?! —Ben se gira hacia Mickey para ayudar a Cruella—. ¡Eh, tío, no le grites!

—¡Benjamin Anthony Brown! ¡Préstame atención cuando estamos hablando! —continúa hecha un basilisco.

De repente, los gritos de los otros dos terminan y veo a la prima de Mickey sonreír. Sigo sin entender nada, pero me da igual.

—¡Y ahora que estás aquí, vas a ayudarme al menos a soltar los globos, Ben!

—¡Pues vale! ¡No hace falta que te pongas así, joder!

—Yo también puedo ayudar —comenta Kimberly, mirando a Ben con ojitos coquetos.

—Estarás de coña. —Se ríe él.

—Ocho manos son mejor que cuatro —asiente Mickey, que ahora también sonríe.

No, en serio, no entiendo una mierda, pero lo que quiero ahora mismo es acabar con el *planning* de Lauren y terminar esta fiesta de Halloween, que sin duda ha sido la más acojonante y terrorífica de mi vida (en el peor de los sentidos. Lo único bueno ha sido Mickey).

Entre todos, soltamos los globos en la sala, donde la mayoría baila de lado a lado, porque son unos bestias y no saben beber como las personas. Yo creo que ni se han dado cuenta de los globos.

Cuando acabamos, una enorme sonrisa se dibuja en mis labios.

Fin.

Se acabó.

Adiós fiesta.

Creo que mi expresión de alivio tiene que ser muy evidente, porque Mickey ríe desde la distancia y me guiña un ojo.

—¿Estás contenta, hermanita?

—Y encima el idiota me habla con retintín. ¡Sí, Ben, estoy contenta! ¡Y lo estaría más si hubieras cumplido con tu parte!

—Y dale. —Pone los ojos en blanco y agarra de la mano a la prima de Michael, tirando de ella hacia afuera—. Bueno, nosotros nos vamos. Aquí os quedáis.

Ambos sueltan una carcajada y echan a correr como dos críos. Parece mentira que Ben sea un año mayor que yo.

Una vez estamos a solas, Mickey recorre la distancia que nos separa, con las manos en los bolsillos delanteros de sus tejanos (con actitud de tío bueno bajabragas), y me contempla con esa sonrisilla pícara que empiezo a comprender muy bien.

—Ahora ya no tienes excusas para no venirte conmigo.

—Sigo teniendo excusas —respondo haciéndome la dura—. Nunca me meto en la guarida de un vampiro sin una buena cabeza de ajos en el bolso.

—Por eso no te preocupes. Este vampiro tiene una debilidad mucho más poderosa que el ajo: me flipa el arte y los cuadros de Picasso.

—Mmm... ¿En serio? Todavía no estoy convencida del todo.

Mickey recorre la poca distancia que nos separa y me agarra por los brazos, pegándose a su torso.

—Tendré que poner en práctica mi técnica secreta para seducir a jovencitas indecisas.

—¡Oh! ¿No me digas? —Alzo la cabeza buscando sus labios, pero antes de llegar a tocarlos, unos pasos que se acercan a nosotros nos hacen separarnos a toda leche.

Es Ben de nuevo.

¡Qué oportuno! Toda la noche sin aparecer y ahora le va a coger gusto a nuestra compañía.

—Vengo a por la peluca de Kimberly. —Se agacha y la recoge del suelo. Cuando da media vuelta para irse, mira de reojo a Mickey y le sonrío con simpatía—. ¡Nos vemos el lunes en la oficina, jefe!

Jefe.

¡¿Ben ha dicho jefe?!

¿He escuchado bien?

De inmediato, mis ojos se posan en Mickey, quien me contempla dubitativo mordiéndose el labio inferior y esperando mi reacción.

No, esto tiene que ser una equivocación. ¡Joder, es Mickey! ¡El Mickey que lleva toda la puta noche ayudándome! ¡Con el que acabo de follar como una posesa hace unos minutos!

—Emma.

—¿Te ha llamado jefe? ¿Mi hermano ha dicho jefe?

—Lo ha dicho.

—Es una forma de hablar, ¿no? Como el que dice *tío* o *colega*. Porque tú no eres el jefe. —Me río yo sola de la estupidez tan grande que mi cabeza acaba de pensar. Pero la forma que tiene Mickey de mirarme me revuelve el estómago.

—Sí que lo soy, Emma. El lunes yo seré el que ocupe el lugar de mi tío en la empresa.

—¿Tu... tío? —Me acaba de explotar la cabeza. ¿Qué tipo de broma es esta?—. ¿Tu tío materno del que me hablaste?

—¿De verdad no me has visto cuando he subido con él al escenario, nada más empezar la fiesta?

—¡¿Eres el jefe?!

—Sí.

—¡¿El jodido jefe nuevo de la empresa?!

—Emma... —Alarga una mano al verme dar un paso hacia atrás.

—¡Me has engañado, Michael!

—No.

—¡Me has dicho que trabajabas en el almacén, que eras nuevo!

—Yo no he dicho eso del almacén, has sido tú.

—¡Y no me has sacado de mi error! —lo increpo enfadándome—. ¡Me has dejado creer que eras uno de nosotros!

—¡Soy uno de vosotros!

—¡Me has escuchado criticar a tu tío, he hablado idioteces, me has dejado decir

barbaridades, joder!

—Lo has hecho porque estabas nerviosa. Lo entiendo.

—¿Y tú qué coño sabes?! ¡No sabes nada de mí!

—Emma, si piensas que lo he hecho para divertirme a tu costa, estás equivocada.

Trago saliva y lo miro de arriba abajo, con una sensación muy mala en la boca del estómago.

—¿Quién coño eres, Michael Jackson? Si es que es verdad que te llamas así.

—Me llamo así, y soy el mismo Mickey de hace un momento.

—No, yo a ti no te conozco. —Lo miro por última vez—. ¡Joder, si es que no aprendo!

Salgo del cuartito sin mirar atrás, a pesar de que Michael me está llamando, pero no tengo la mínima intención de volver con él. Me siento tonta, como un mono de feria. Me siento engañada, porque yo sí que le he contado toda la verdad cuando me ha preguntado.

¡He follado con mi nuevo jefe! Me he corrido como nunca con el tío que va a dirigir la empresa a partir del lunes.

¿Alguna vez podré no cagarla hasta el fondo y comportarme como una persona normal?

Cruzo la pista de baile con un enfado monumental y me apoyo en una de las paredes donde la luz es más tenue.

Desde allí, veo a mis compañeros hacer el loco, perjudicados a más no poder con el alcohol. Pero mis ojos no se quedan en ellos mucho tiempo porque hay otra persona que llama mi atención. Y al verla me siento todavía peor persona.

Penny.

Mi hermana está sentada en una de las sillas con el semblante igual de serio que el mío y la mirada perdida.

Sé que no me he portado bien con ella. Cuando le he gritado que no podía cantar, estaba tan agobiada que no sabía ni lo que hacía. Y le debo una disculpa.

Camino hasta donde se encuentra y arrastro una silla para colocarla junto a la suya. Tomo asiento a su lado y la miro con una sonrisa conciliadora en los labios. Le doy un pequeño empujoncito con el hombro.

—Hey, ¿por qué no bailas con los demás?

—No me apetece.

—¿Me perdonas?

—¿Por qué? Tú no tienes la culpa. El *planning* de Lauren no reflejaba mi actuación y solo has cumplido con las órdenes de tu amiga.

—Cuando la pille, voy a matarla, ¿sabes? No está bien lo que ha hecho. Llevas una jodida semana ensayando.

—Ahora da igual, Emma.

—Pues a mí no me da igual. —Cojo su mano y se la aprieto mientras mis labios se curvan en una sonrisa cabrona—. Y como no me da igual, vas a cantar.

—¿Cantar? ¡¿Ahora?!

—Ahora —asiento. Estoy cansada, reventada y ya va siendo hora de mandarlo todo a la mierda. Han intentado sabotear la fiesta por todos los medios, casi me muero por el estrés, Ben ha pasado de mi culo, Michael Jackson no es la persona que yo creía y la pobre Penny se ha llevado un palo sin tener culpa de nada—. Avisa al DJ y que ponga tu canción. Ya es hora de que *La llorona* suene esta noche.

A tomar por culo.

Y si quieren despedirme, pues adiós muy buenas. Hay cientos de empresas en Montgomery y yo soy una tía currante y trabajadora muy capaz de buscarme la vida.

La cara de mi hermana se ilumina como un faro. Me abraza y me da un beso que casi me desentaja la mandíbula, pero no digo nada porque me gusta verla así de feliz.

Penny sube al escenario donde un rato antes ha bailado la *drag queen* alemana y la música se detiene de repente. Nuestros compañeros, al verla con un micrófono en la mano, silban y aplauden.

Pobres, no saben lo que les viene encima.

Los primeros acordes de la canción suenan y mi hermana comienza a cantar. Mal, como siempre, pero ver su cara de emoción compensa que mis oídos estén a punto de reventar.

Son unos cinco minutos muy largos.

Larguísimo. Y cuando termina, todos aplauden y gritan como si acabase de actuar Beyoncé. Y no me extraña, porque el alcohol hace milagros en la percepción de la gente.

Penny se reúne conmigo eufórica, saltando, y me da un abrazo.

—¿Cómo lo he hecho, Emma?

—Ha sido increíble.

—Ya puedo morirme tranquila. ¿Has visto cómo aplaudían?

—Te los has metido en el bolsillo. —Le sonrío y miro mi reloj de muñeca. Las doce y cuarto —. Penny, me largo a casa, estoy cansada y no me apetece quedarme más aquí.

—Yo también me voy. ¿Te llevo en mi coche o te vas con Ben?

—Contigo. Ben lleva toda la noche jugando al escondite con una tal Kimberly, anteriormente conocida como Cruella de Vil. Menuda nochecita me ha dado, el idiota.

Llegamos a casa y me meto directamente en la ducha para quitarme la sensación de pringue del merengue y volver a tener el pelo como el de una persona normal y corriente.

Una vez envuelta en el albornoz, me peino frente al espejo y la imagen de Michael regresa a mi mente, pero como todavía sigo enfadada, la expulso de inmediato.

Aparto las sábanas de mi cama y me tumbo en ella con la impresión de haber participado en una guerra. Me duelen hasta las pestañas y todavía siento un poco de ansiedad en el estómago debido a la tensión de esta noche.

Antes de apagar la luz de la lámpara que hay en mi mesita de noche, cojo el teléfono y le escribo el último mensaje a Lauren:

Emma:

Ya estoy en casa.
Todo ha salido bien.
Mañana hablamos.

Emma:

¡Ah, Lauren! Una cosa más.
La próxima vez que te
pongas enferma y tengas
que buscar a alguien para
que se ocupe de algo parecido,
búscate a otra.

El fin de semana pasa relativamente rápido, salvo porque desde la fiesta Penny se ha venido arriba y no deja de cantar a todas horas. Ya no sé dónde meterme para que mis oídos puedan descansar. Menos mal que su novio se apiada de mí y se la lleva al cine el domingo por la tarde.

Cuando regresa la paz a la casa, me tumbo en el sofá y me apodero del mando de la tele.

Mis padres han salido a comer con unos amigos y Ben está, como siempre, encerrado en su cuarto pegando tiros en su juegucito del ordenador. Con las horas que le dedica, podrían convalidarle el mando de teniente coronel del ejército de los Estados Unidos, por lo menos. Así que, con todos ocupados, voy a estar tranquila un buen rato.

Me siento en el sofá y subo los pies a la mesilla auxiliar, dejando escapar un sonoro suspiro de satisfacción cuando apoyo la espalda en el respaldo.

Pero la tranquilidad dura tres milisegundos, o menos, porque el timbre de la puerta comienza a sonar de una forma muy insistente y no me queda más remedio que levantarme.

Cuando abro la puerta me encuentro a Lauren frente a mí, con cara de estar medio muriéndose y la nariz roja de tanto sonarse.

Lleva sin dar señales de vida desde el viernes, pero, por su imagen, lo que me extraña es que haya conseguido levantarse de la cama por sí sola.

—¡Doscientos mensajes, Emma! —Me hago a un lado para que entre y, cuando cierro la puerta, ella sigue mirándome como si me faltara un tornillo—. ¡Doscientos putos mensajes!

—Por lo menos, sí.

—Acabo de encender el teléfono móvil y casi me da un infarto pensando en lo peor.

—Así estaba yo el viernes.

—Fue fatal, ¿verdad? —me pregunta con el rostro contraído por el terror—. Todo salió de puta pena, puedes decírmelo, estoy preparada para escuchar la verdad.

—La verdad es que conseguimos salvar la situación y nadie se enteró de lo que pasaba.

Lauren se deja caer en el sofá, justo donde estaba yo hace unos segundos, y vuelve a sonarse la nariz.

—Caí muerta. Cuando me dijiste que te ocuparías tú de la fiesta, mi cuerpo colapsó. Llevo durmiendo casi dos días. Esta mañana todavía tenía fiebre.

—Lo supuse cuando te llamé la primera vez y tu teléfono estaba apagado.

—Entonces, ¿por qué me mandaste tantos mensajes?

—Fue la única forma que encontré de desahogarme.

—¡Y vaya si lo hiciste bien! ¡Doscientos mensajes, tía!

—Eso ya lo has dicho antes.

Lauren se pasa una mano por el cabello y me mira con pesar. Sé que es una buena persona y no le gusta que yo lo haya pasado mal por algo que era su responsabilidad.

—Te juro que lo dejé todo bien organizado, Emma. Estaban las tarjetas, el trofeo... ¡Las tartas eran monstruosas! ¡Y la *drag* sabía inglés perfectamente!

—No hace falta que intentes convencerme, sé que tú no intentaste sabotear la fiesta de Halloween. Te conozco.

—Pero entonces, ¿quién ha podido ser? ¿Quién se ha tomado tantas molestias para que todo se fuera a la mierda?

—No lo sé. Al final, no dimos con su identidad. Consiguió escaparse sin que nadie la pillásemos con las manos en la masa.

—Pero ¿a quién le caigo tan mal como para hacer eso? ¡Achís!

—Estuve dándole vueltas toda la noche y la verdad es que no llegué a ninguna conclusión. En la empresa, todos te adoran.

—No me adorarán tanto si han intentado joderme a base de bien.

—Bueno, la cuestión es que pudimos salvar la fiesta y nadie se ha dado cuenta.

—Sí, te debo la vida, amiga. —Me coge de las manos—. Te la debo a ti y a ese misterioso Michael Jackson.

Cuando nombra a Mickey, no puedo evitar apretar los labios al recordar que me mintió.

—Sí, él me ayudó.

—¿De verdad está tan bueno, Emma?

—No es para tanto —miento para intentar convencerme a mí misma más que a Lauren.

—¿Que no es para tanto? Me mandaste más de cincuenta mensajes hablando de él, repitiendo que estaba para mojar pan.

—Debió de ser por el alcohol. No tiene importancia.

—Emma... —Me mira curiosa—. ¿Pasó algo con él?

—¡No, nada! ¿Qué va a pasar? Me ayudó y punto.

—¡Oh, Emma Marie Brown! ¡Eres una mentirosa! —Se ríe y yo pongo los ojos en blanco—. Podrás engañar a otra, pero no a mí. Te conozco.

—¿No me digas?

—¡Sí, te conozco mejor que tu propia madre! ¡Y cada vez que te rascas la nariz, ocultas algo!

—¿Y no puede ser que me pique?

—¡Te lo has tirado!

—¡No!

—¡Te acabas de poner colorada!

—Bueno, ¿y qué? ¡Sí, Michael y yo follamos! ¡Y no tuvo la mínima importancia, Lauren!

—¡Pero si tan bueno está...!

—¡Está bueno, pero es un mentiroso, y no se va a repetir! Así que hablemos de otro tema.

El lunes a primera hora me subo al coche de Ben rumbo al trabajo. Ir con mi hermano tan temprano es un deporte de riesgo, porque el cabrón tiene muy mal despertar y no hay quien le hable hasta pasadas las diez de la mañana, cuando lleva tres cafés en el estómago.

Me acomodo en el asiento del copiloto con las gafas de sol puestas y me abrocho el cinturón de seguridad sin decir ni mu.

Espero a que arranque el coche, pero Ben no hace ni el amago de meter las llaves en el contacto.

—¿Qué haces? ¿Vas a arrancar o qué?

—Que sea la última vez que dejas tu mierda en mi coche.

—¿De qué coño hablas? ¡Ya no hay ropa en el maletero!

—Me encontré tu disfraz manchado y mugriento tirado en los asientos de atrás.

¡El disfraz, es verdad!

Tenía tanta prisa por cambiarme que se me olvidó tirarlo a la basura y lo dejé allí de cualquier manera, lleno de merengue hasta arriba.

—No te quejes tanto, tu coche-novia está perfecto. Y tienes suerte de que no escupí en los cristales, porque te lo merecías.

—Mmm... —gruñe y se pone también las gafas de sol antes de arrancar el coche.

Esta mañana Penny no viene con nosotros.

De hecho, casi nunca vamos juntos al trabajo. Ella prefiere conducir su propio coche y ahorrarse la cara de mala hostia de Ben. Es la más inteligente de los tres, eso seguro.

Conforme nos acercamos a nuestra empresa, unos indeseables nervios me mantienen inquieta.

Michael estará allí, desempeñando su nuevo papel de jefe, y a pesar de que estoy enfadada, me es imposible evitar un cosquilleo muy intenso en mi bajo vientre porque voy a verlo de nuevo.

Cuando cruzamos la puerta giratoria de la entrada, todo parece tan tranquilo como siempre. Lógico, la única que está como un flan soy yo.

Saludo a mis compañeros y tomo asiento en el pequeño cubículo donde está mi ordenador.

Eric pasa a mi lado y golpea suavemente la mesa a modo de saludo, al igual que Lucy, la de contabilidad, que tiene una cara de resaca que tira para atrás, y eso que ya han pasado dos días desde la fiesta de Halloween.

—¡Buenos días!

Es Lauren, que acerca una silla a la mía y me pasa un café con leche en un vaso desechable.

Tiene mejor cara, incluso su nariz luce menos roja que ayer.

—Gracias —digo, y doy un trago.

—Oye, ¿qué le pasa a Brian?

—¿Al de seguridad? No sé, ¿por qué lo dices?

—Desde que me lo crucé hace un rato, no para de hablar de una mujer que conoció en la fiesta.

—¿Una mujer?

—Sí, una alemana rubia, con la que, según él, saltaron chispas desde que se cruzaron. ¡Ah, y que baila como una diosa!

—¡No! ¡La *drag queen*! —Alucino—. ¿Se ha liado con ella?

—No sé si lo ha hecho, pero solo falta que le salgan corazones por los ojos. ¡Madre mía! ¡Justo la noche que me pongo enferma, os desmadráis todos!

De repente, en la oficina se hace el silencio.

Las voces de mis compañeros van apagándose paulatinamente y tanto Lauren como yo alzamos la cabeza para ver qué pasa.

Y por poco se me sale el corazón cuando lo descubro.

Michael.

Se encuentra en el centro de la sala, con un traje chaqueta gris perfecto, que le queda maravillosamente, sus elegantes gafas y su típica sonrisilla en los labios.

Está acompañado por mi hermana Penny, que es la secretaria de dirección, y cuando Michael me mira, me paraliza.

Sin embargo, sus ojos pasan de largo y apenas me presta atención.

¿Por qué no me presta atención?

Entrecierro los ojos y lo observo extrañada. Me esperaba miles de reacciones por su parte cuando nos encontrásemos de nuevo, pero no estoy preparada para la indiferencia.

—Buenos días —nos saluda él con una educación intachable—. Ya nos conocimos el viernes, pero para quien no pudo asistir a la fiesta, me presento: soy Michael Jackson y, de hoy

en adelante, voy a ser el nuevo presidente de la empresa.

—¿Michael Jackson?! —exclama en mi oído Lauren, a la que parecen haberle dado cuerda—. ¡¿Ese es el jodido Michael Jackson del que hablabas, Emma?! ¡¿El jefe?!

—¡Shhh! —La empujo para que disimule.

—¿Te has follado al nuevo jefe?!

—¡No sabía quién era, joder! —susurro a su vez.

—¡Por los clavos de Cristo, amiga, está buenísimo y es supermono!

—¡No es mono, te lo aseguro!

Lauren y yo dejamos de hablar cuando notamos que todos nos miran. Sé que no han entendido ni una palabra de lo que hemos cuchicheado, pero nuestra charla es inapropiada porque no estamos prestando atención a lo que dice Michael.

—Y eso es todo —concluye con voz de mando, pero sin llegar a ser desagradable—. Podéis seguir con vuestro trabajo.

Y da media vuelta para marcharse de la sala.

Y yo me quedo un poco descolocada porque ha pasado de mí hasta el culo. Pero antes de desaparecer por la puerta, Michael se gira levemente y me mira como si nada:

—Señorita Brown, a mi despacho.

Todos me observan con una mezcla de curiosidad y pena, ya que es muy probable que me caiga una reprimenda por algo.

—¿Qué coño has hecho, Emma? —me pregunta Eric, enarcando las cejas—. ¿Ya has enfadado al jefe?

—¡No ha hecho nada, gilipollas! —me defiende Lauren, haciéndole un corte de mangas.

Me levanto de mi silla a toda velocidad y voy tras Michael, notando que el tembleque de mis rodillas va a más con cada jodido paso que doy.

Cuando entro en su despacho, Michael ya está sentado al otro extremo de la mesa, en su cómodo sillón acolchado, y me mira fijamente.

Entrecierro los ojos y me cruzo de brazos esperando a que diga algo.

¡Dios, pero qué guapo está! Se agolpan tantos recuerdos en mi mente solo con tenerlo delante. Y todos calenturientos.

—Cierra la puerta, Emma.

—¿Vas a despedirme?

—¿Debería?

—No lo sé, tú eres el jefe. —Cierro la puerta.

—Siéntate.

—Prefiero estar de pie, gracias.

—Muy bien. —Michael se incorpora de su silla y camina con elegancia hasta que se coloca frente a mí—. ¿Te gusta trabajar aquí?

—Sí.

—¿Te llevas bien con los demás?

—¿Para eso me has llamado, Michael? ¿Para preguntarme si soy amigueta de mis compañeros?

—No.

—¿Y bien?

—Solo quería ser amable y... allanar un poco el terreno.

—Allanarlo, ¿para qué?

—Para que cuando te pida perdón no estés tan enfadada y aceptes mis disculpas. —Al verme

alzar las cejas asombrada por su franqueza, Michael continúa—: Emma, quiero que sepas que nunca fue mi intención mentirte ni que te sintieras engañada.

—¿Y por qué no me dijiste la verdad cuando creí que eras un trabajador del almacén?

—¿Después de que aseguraras que odiabas a todos los jefes?

—¡Michael, eso no...!

—¡Ya, ya lo sé! —me corta a mitad de la frase—. Ya sé que lo dijiste porque estabas frustrada, pero quería que te sintieras cómoda a mi lado, que no tuvieras la presión de saber quién era y te agobiases todavía más.

—¿Y no pensaste que tarde o temprano me iba a enterar?

—¡Yo mismo te lo habría dicho si hubiese tenido algo más de tiempo! ¡No tengo por qué esconderme ni esconderte nada, Emma!

Michael se acerca un poco más a mí con el semblante apacible y la mirada fija en mi rostro.

Me pongo nerviosa, un poco más de lo que ya estaba, porque con él es imposible no hacerlo.

Una mujer no puede estar tranquila teniendo a Michael Jackson delante, ni tampoco puede permanecer enfadada por mucho tiempo, porque apenas ha dicho dos palabras y ya no me acuerdo del motivo de mi mosqueo.

—No tienes que disculparte. Da igual. —Suspiro y las comisuras de mis labios se elevan levemente—. Te estoy muy agradecida por haberme ayudado con la fiesta. Sin ti, todo habría sido un desastre.

—Tienes que reconocer que formamos un gran equipo. —Nos sonreímos, y yo doy un par de pasos alrededor de la mesa hasta que me siento en una de las esquinas.

Lo miro a los ojos, sintiéndome tonta por la estúpida excitación que empieza a calentar mi estómago.

—Así que eres el jefe...

—Eso parece.

—¿Y vas a ser un jefe bueno o uno malo?

—Todavía no lo he decidido —responde divertido, acercándose a mí a paso lento—. ¿Tú qué opinas?

—Opino que eres un buen tío, Michael.

—¿Por qué no me llamas Mickey? Me gusta más viniendo de ti.

—Tengo que guardarle un respeto a mi superior.

—No tienes que guardarme nada, Emma. —Apoya las manos a cada lado de mis muslos, sobre la mesa, y acerca un poco más su cara a la mía—. Contigo no quiero palabras de cortesía.

Nos miramos tan fijamente que por un instante todo desaparece a nuestro alrededor. Michael roza sus labios con los míos y yo cierro los ojos, perdiéndome en el remolino de deseo que está provocando en mí.

—Mickey..., eres mi jefe —susurro contra su boca, pero sin querer apartarme de él.

—Los jefes también salimos con chicas. No solemos tomar los hábitos, ni nada de eso.

—Acabarán enterándose los de la oficina.

—Por supuesto que lo harán, no tenemos que escondernos de nadie.

Con sus grandes manos, abarca mis mejillas. Cuando su lengua irrumpe en mi boca, me agarro a él con mucha fuerza, respondiendo con todas mis ganas, con esas ganas que llevo negándome todo el fin de semana.

Mickey se coloca entre mis piernas y me aprieta contra sí, y yo me derrito pegada a su torso. Me muerde los labios, los lame, me abraza.

—Emma...

—¿Sí?

—¿Susto o cita?

Le doy un golpecito en el hombro con la palma de mi mano y me río al escuchar de nuevo ese jueguecito.

—No voy a tener la posibilidad de elegir, así que, ¿qué más da?

—Elige.

—Susto.

—Mmm..., chica lista. Tú lo has querido. Te recojo esta noche a las nueve.

—¡Oh, Mickey! —suelto una carcajada, logrando que él ría conmigo—. No esperaba menos de ti.

—Ya sabes: mi juego, mis reglas.

—¿Sí? Pues ahora vamos a jugar al juego que yo elija. —Sin apartar los ojos de su rostro, empiezo a soltarle los botones de sus pantalones.

—Joder... Creo que mi primer día de trabajo va a ser insuperable.

—Dalo por hecho.

Nos besamos con glotonería, acariciándonos lentamente, ardiendo bajo las caricias del otro. Las manos de Mickey me incorporan de la mesa y aprietan mi culo. Al quedar pegada a su estómago, noto su erección. Me tiemblan las piernas de anticipación porque sé cómo es follar con él, y me flipa, no puedo esperar para volver a experimentar esa explosión, ese placer desbordante.

—Emma —dice contra mi boca—, me gustas mucho. Me gustas muchísimo.

—Y tú a mí.

—¡Eh, jefe! Aquí tengo las tablas de la audiencia en redes, y... ¡Coño! —Es Ben, que ha entrado en el despacho de Michael sin llamar. Y luego se mosquea cuando lo hago yo. Mi hermano acaba de quedarse blanco y me señala con el dedo índice como si no pudiera creer lo que está viendo—. ¡Emma, ¿estás liada con el jefe?!

—¡No, idiota!

—Sí que lo estamos —salta Mickey más ancho que largo.

—¡Ahora va a enterarse todo el mundo, Michael! ¡Ben es un bocazas!

—¡Eh, idiota, yo sé guardar secretos!

—Me da igual que se enteren, Emma. Ya te he dicho que no voy a esconderme.

—¡Hostia puta, Emma! ¡Liada con el jefe!

—¡Que te calles, joder!

—Tu hermana y yo estamos saliendo.

—¡¿Que estamos... saliendo?! —Me acaba de dejar muertísima—. ¿Saliendo? ¿En plan novios?

—Claro, ¿susto o sales conmigo? Elige.

—Esto es surrealista —exclamo sin poder evitar echarme a reír, y Mickey se ríe conmigo, mientras Ben sigue flipando.

Mi nuevo jefe, y también mi nuevo novio (porque es su juego y sus reglas), me besa, y Ben resopla y nos llama pringados. Mi hermano no sabe cuándo sobra.

—Un momento, entonces, ¿ya estabais liados en Halloween?

—Sí —respondemos a la vez.

—¿Y la ayudaste con los problemas que hubo en la fiesta?

—Sí. Estuvimos juntos para solucionar todo lo que la mano negra provocó.

—¿Cómo que la mano negra? —pregunta Ben, extrañado.

—¡Pero si te lo dije! —exclamo, poniendo los ojos en blanco—. ¡Quisieron sabotear la fiesta y tú me dejaste colgada!

—Y hablando del sabotaje, todavía no sabemos quién fue —comenta Mickey, pensativo.

—Creo que nunca llegaremos a saberlo.

—Yo sí lo sé —dice mi hermano tan fresco, dejándonos boquiabiertos.

—¿Lo sabes?! —gritamos Mickey y yo.

—Joder, ya incluso habláis a la vez. Qué ascazo —se burla—. Pues sí, es posible que yo viera algo en la fiesta.

—¡No te hagas el interesante y nos lo cuentas ya!

—Si prometes limpiarme el coche todo el mes.

—¡Benjamin Anthony Brown, habla!

—¿Tenéis tiempo de sobra? Es bastante largo. —Mickey y yo asentimos de inmediato, y él sonríe—. Entonces, es mejor que os sentéis y os pongáis cómodos. Voy a contaros mi historia, lo que verdaderamente ocurrió en la fiesta de Halloween. ¿Preparados?

***Descubre el desenlace en Novia o truco.**

